

GIOVANNI PAPINI

Lo trágico cotidiano



Prefacio a la segunda edición

Vuelvo a editar estos veintiséis cuentos —o narraciones, o elegías, o coloquios, o fábulas filosóficas, o fantasías líricas, o lo que diablo queráis— porque desde hace varios años están agotados los volúmenes en que aparecieron por primera vez y porque mucha gente sigue todavía buscándolos y pidiéndolos.

No diré —con la hipocresía acostumbrada en estos asuntos— que solamente la insistencia de los amigos o de los editores me ha inducido a hacer una nueva edición de estas producciones juveniles. Admito —sin sonrojo— que me ha gustado reeditarlas y que no estoy en absoluto descontento de ver que todavía son deseadas y leídas. No es que yo encuentre maravillosos y perfectos estos primeros ensayos de mi arte, pero estoy persuadido de que hay aquí mucha más inspiración e imaginación, y, en una palabra, mucha más poesía —con frecuencia bastante personal—, que la que se encuentra en muchos poetas conciudadanos y contemporáneos míos. Aquellos amables críticos —amigos, naturalmente— que, a propósito de *Un hombre acabado*, quisieron negarme tanto el poder de crear como el de transformar poéticamente la vida, podrían, si tuvieran tiempo que perder y capacidad de entender, releer este volumen y también *Palabras y sangre*, es decir, centenares de páginas donde no hay ni furor de polémica ni delicuescencia de egotismo, sino auténtica creación y, a veces, verdadera y propia poesía, como también las hay, y bastante, en el más intenso e importante de mis libros: *Un hombre acabado*.

He reeditado de arriba abajo *Lo trágico cotidiano*, tal como estaba en la primera edición; he quitado de *El piloto ciego* cuatro cuentos que me gustaban menos que los demás, pero en su lugar he puesto otros cuatro escritos en tiempos más recientes; he quitado de los dos volúmenes los prefacios —¡había tres solamente en *Lo trágico cotidiano*!—; he conservado el orden caprichoso de la primera edición; he corregido en cada página formas y palabras para hacer el estilo menos literario y más de acuerdo con mis gustos de hoy, pero no siempre he conseguido quitar una especie de pátina de lirismo enfático que me molesta. Para suprimirla del todo habría tenido que volver a escribir el libro, y entonces lo que hubiera ganado en sobriedad y simplicidad lo hubiese perdido en fuego y espontaneidad.

Este volumen ha sido escrito —a excepción de los últimos cuatro capítulos— entre 1904 y 1906, es decir, en los tiempos más felices y agitados de *Leonardo*, cuando estaba ansiosamente interrogando a mí mismo, a los problemas del pensamiento y a los misterios de las cosas. Por eso se resiente del parloteo de aquellos días, y lo quiero más que a otros libros míos porque veo en él reflejadas las aventuras, los temores y las esperanzas de aquella alma mía, tan alejada ya en el recuerdo, si no en el tiempo.

Esas aventuras, temores y esperanzas, no son propias solamente de aquel yo de hace tantos años, sino de todos aquellos jóvenes que poco a poco se van acostumbrando a hacer la disección de sí mismos, a mirar a la cara los casos más atroces y los contrastes de aquella edad felicísima y melancólica, de todos aquellos jóvenes que quieren y esperan muy pronto cosas demasiado grandes para sus fuerzas. Para esos jóvenes que siempre renacen y se renuevan, y que dieron, más que los otros, promesas y pruebas de grandeza, fue escrito este libro, y para ellos se reedita.

GIOVANNI PAPINI

Florenca, 15 de mayo de 1913.

El hombre que no pudo ser emperador

1

Hombre lector, quienquiera que seas, quisiera en este momento tenerte aquí, cara a cara, y clavar mis ojos en tus ojos y estrecharte las manos en mis manos y decirte en voz baja: «¿Crees vivir, vivir de verdad, profundamente, enteramente? ¿Te parece tu vida tan bella y grande como acaso la soñaste en los días ardientes de la juventud?»

Y todavía más bajo, llanamente, quisiera preguntarte: «¿Tuviste una juventud? ¿Sentiste en ti, dentro de tus entrañas, dentro de tu sangre, algo que fermentaba, que hervía, que se agitaba, que temblaba, que quería salir, derramarse, inundar el mundo como un lago de llamas? ¿Sentiste nunca, después de alguna hora de agitación, después de un gran crepúsculo, después de los versos de un poeta, sentiste que eras tú, tú en persona, el primer hombre, el descubridor de la vida, el descubridor del mundo? ¿Y no te pareció mísera esta vida, y no te pareció pequeño este mundo? ¿No deseaste la muerte por amor a la vida? ¿No experimentaste la avidez de Alejandro ante el cielo lejano?»

Esto quisiera pedirte, vil lector, hombrecillo enflaquecido que estás leyendo páginas, escuchando los latidos de la vida ajena porque no sabes realizar actos, porque no sabes vivir por tu cuenta. ¿No te parece vil, cobarde, cobardísima, la acción que estás realizando? Una silla te sostiene, ante ti hay papeles cosidos, en esos papeles hay signos negros y tú recorres con los ojos esos signos y tu alma sonríe o gimotea, ve o entrevé, a medida que los signos van despertando a la fuerza tus imágenes soñolientas. ¡Y tú crees vivir, creo, leyendo libros! Saliendo fuera de ti, contemplarás con gran desprecio el vulgo vil que no está «al corriente», que no hace psicología y no se alimenta de literatura. Yo soy, dices para ti, un intelectual, un refinado, un pensador, un aristócrata, un hombre superior, en suma, un miembro de la élite. El mundo gira a mi alrededor, el mundo está hecho para mí. Y cuando no va bien doy un puntapié al tramoyista y lo hago yo. Y así juego y me divierto, y en mi casa sólo encontraréis fotografías de obras célebres y buenas ediciones de autores famosos. El cuello alto y las palabras oscuras son las insignias de mi grado: yo soy el rey del tiempo, el rey del espíritu, el rey de la eternidad.

¿Dices tú todo esto, lector cobarde? Es posible: lo creo, me lo imagino, lo deseo. Porque yo hablo precisamente para ti y quisiera tenerte delante de mí, para que sintieras en tu cara el aliento cálido de mi desprecio. Y te

desprecio, lector, te desprecio por una razón terrible, por una razón odiosa, dolorosa: que yo me parezco mucho a ti, que yo soy casi como tú, lector, *que yo soy tú*, acaso...

2

Pues bien: yo acepto, ¿ves?, tu papel. Lo acepto sin miedo, aunque es muy triste tu papel, ¡oh bebedor de palabras que me lees! No temo a tus palabras. Para estar obligado a contestar me he puesto a escribir o, mejor, a gritar estas páginas. Y me pregunto aún, en alta voz: ¿crees vivir?, ¿crees vivir grandemente, profundamente, intensamente?

Contesto: no, no creo vivir. No, no creo vivir grandemente, profundamente, enteramente. ¡Como todos, yo (soy un cobarde, un débil, un castrado! En mi cuarto (tengo todo el mundo pintado: hombres de cartón, mujeres de trapo, montañas de humo. He puesto todas esas cosas en orden y algunos días de sol todo ello hace muy bonito. Y me quedo en mi cuarto. Y aquello es todo mi mundo y toda mi vida, y cada día hago mis oraciones a los dioses de la casa y escupo sobre la gente que pasa por la calle, bajo mis ventanas, y que no tiene en su casa un pequeño mundo artificial tan gracioso como el mío.

Allí dentro estoy en mi reino. ¡Si vierais qué bonitas actitudes! Un día tengo una postura magnífica de Zeus tonante y digo a mis muñecos: Cuidado, yo soy vuestro dios y señor, soy vuestro creador y vuestro destructor, y puedo cambiaros de lugar o haceros pedazos. Por ejemplo, yo te puedo poner a ti, fantoche cornudo, en el fondo de aquel cajón en lugar de dejarte pavonear en lo alto de esa escalera, y te echaré por la ventana ¡oh bailarina indecente que haces tantas muecas con tu cara de cartón rosado!

Otros días, en cambio, entro allí con aires de Fausto enfadado. Cierro las ventanas para dar a la escena un aspecto misterioso, riego con polvo gris las cosas para que parezcan más melancólicas, me siento gravemente en el sillón, tuerzo la boca, levanto los ojos al cielo y acabo llorando con lágrimas calientes sobre la vanidad de la sabiduría y sobre los engaños del mundo.

Pero poco importa que yo sea clásico o romántico: soy siempre un pobre niño que juega en su cuarto y dice para consolarse: ¡Afuera hace demasiado frío y los caminos están llenos de lobos!

3

Yo soy —¿lo habéis adivinado?— un *cerebralista*. Los cerebralistas son una raza muy curiosa: merece la pena conocerla. Te contaré la historia del padre de todos nosotros. Una historia tan grotesca que no he sabido olvidarla.

Un día, un hombre se ató los calzones, se envolvió en una capa y salió de casa, hacia los países del Este, para conquistar el mundo. Estaba lleno de grandes pensamientos. Su corazón era mayor que el mundo. Y pensaba: Conquistaré un reino tan vasto, que los correos encanecerán antes de llegar a sus confines para llevar mis mensajes; conquistaré un tesoro tan grande, que un día podré llenar un lago de monedas de oro, si quiero; gozaré blancas mujeres en camas color de mar; derribaré terribles enemigos, en las montañas, con el fuego de mi mirada. Hoy soy un hombre pequeño y pobre, y sólo una capa me cubre, pero mis pensamientos son magníficos y quiero llegar a ser señor de todo lo que existe y dueño de todo lo que vive.

Este hombre fue a una ciudad y, cuando anunció que quería ser rey y conducir a los hombres a la guerra para hacerse un gran reino, todos rieron a su alrededor. Entonces pensó que castigaría a aquella ciudad cuando hubiese llegado a ser poderoso y se dirigió a otra, donde le sucedió lo mismo. Y así anduvo por todo el mundo, y en todos los países se reían de él y le daban dinero tomándolo por un loco mendigo.

Finalmente, un día se encontró delante de su casa. Nada había cambiado: sólo sus sandalias estaban gastadas, su capa llena de agujeros y sus cabellos se habían vuelto blancos. Entró en su casa y pensó: «Nadie ha querido seguirme. No he tenido la fuerza de levantar ni un solo ejército. No he conquistado ni siquiera un tesoro. Nunca seré, según parece, dueño del mundo.» Entonces se puso a meditar sobre su suerte y estuvo muy melancólico durante varios días.

Pero una mañana —era en marzo y en los prados ya apuntaban las primeras flores amarillas— se despertó todo alegre y dijo entre sí: Finalmente he comprendido mi destino. Yo estuve ciego al ir a conquistar el señorío del mundo. Lo que yo creía tal no es lo verdadero, lo real, el mundo supremo, sino el mundo de las apariencias, de los sentidos, del engaño. Es el mundo del arado y del mercader. El mundo verdadero sólo se descubre en el pensamiento, y yo puedo ser dueño de él cuando quiera, con tal que lo busque en mí, en lo más profundo de mí. Y el hombre encanecido se puso, con una lámpara encendida, a buscar al verdadero, al profundo, al perfecto mundo. Y aquel hombre —irecordadlo bien!— fue el padre de todos los poetas, el padre de todos los metafísicos, el padre de todos los soñadores. El fundó la dinastía de aquellos que, no poseyendo un pedazo del mundo real, se fabrican cada día cien mundos pequeños de aliento, de polvo y de barro.

Y tú —hombre lector— y yo, y todos nuestros compañeros, somos los últimos descendientes del hombre que no pudo ser emperador.

Los consejos de Hamlet

1

Una noche, mientras caminaba a lo largo del río pensando en un sueño extraño, el príncipe Hamlet, que me honra desde hace mucho tiempo con su amistad, se colocó a mi lado y me dijo:

—Amigo, tú empiezas a estar enfermo podrido. Nadie se ha dado todavía el gusto de anunciártelo, pero yo no puedo prescindir de ello. No te toques la frente, no te vuelvas pálido. Aunque haya transcurrido mis mejores años en la triste Witenberg, no soy doctor. Pero percibo desde lejos el olor de esos morbos terribles de que no hablan los médicos de grandes barbas reflexivas. Tu mal está en el espíritu, amigo mío, y solamente en el espíritu. También yo hace mucho tiempo estuve enfermo, bastante enfermo, y fue necesario una espada bien afilada y una bebida bien amarga para curarme del todo. Ahora, desde hace muchos siglos, tengo una salud perfecta y por eso, acaso, me divierto ocupándome de la salud de los demás. Esta noche me preocupa la tuya. Cúrate: te lo repito, estás gravemente, terriblemente, peligrosamente enfermo.

Dicho esto, calló y siguió andando a mi lado. Lo miré —¡qué delgado se ha vuelto el buen príncipe Hamlet!— y le dije:

—¿Y no puedes decirme, príncipe, cuál es mi mal, para que pueda librarme de él?

Hamlet se volvió y sonrió. Luego, con la mano —¡qué fría y leve era su mano!— me condujo hasta debajo de un farol. Y cuando estuvimos en el círculo rojizo se puso delante de mí, en plena luz, me miró a los ojos y dijo lentamente:

—Mírame: *te pareces a mí*.

Y desde aquel momento no he vuelto a ver más el rostro del príncipe Hamlet.

2

No te he vuelto a ver más, buen príncipe, pero muchas veces, en estas noches llenas de calor sensual y del perfume de la hierba segada, he pensado en tus últimas palabras; he buscado el mal que me hace parecido a ti, melancólico príncipe, y creo haber encontrado este pavoroso mal del que ni siquiera osaste pronunciar el nombre. En lugar de la espada y el veneno fue el que te mató, enigmático Hamlet, y es ese mal que nos hace hermanos

en las noches solitarias en que vienes a visitarme y me dices con la voz velada aquellas cosas singulares y graciosas que no oyeron ni Horacio ni Polonio.

Y ese mal, Hamlet, ese terrible mal, ¿no es acaso el *pensamiento*, no es acaso la *reflexión de sí mismo*? ¿Acaso no eres tú el melancólico héroe de aquella familia de hombres que piensan en lo que quisieran y deberían hacer en lugar de hacerlo? ¿No eres acaso uno de aquellos espíritus cansados y afeminados que prefieren las palabras, que son hembras, a los hechos, que son machos?

Y ese mal, príncipe de Dinamarca, no solamente está incubando sus tóxicos en mi alma. No sólo yo, en este tiempo y en esta tierra, me parezco a ti, sino ¡cuántos alrededor de mí se nos parecen! Hay una tribu de Hamlets a los que todavía no se les ha aparecido ningún fantasma y no les espera ningún padre no vengado, pero que llevan en el espíritu, como tú, el sutil y terrible mal de la reflexión que lima y del querer que duda. También en mí, también en ellos, como en ti, la pálida sombra del pensamiento decolora el rico tejido de la vida.

Pero tú te curaste con la muerte. Y nosotros queremos vivir, ¿sabes?, queremos vivir también con el pecho abierto, queremos vivir a marchas forzadas, a tiempo acelerado, ¡una vida que no sea andar, sino correr, bailar, volar!

Yo no te he vuelto a ver más, buen príncipe, y sin embargo me parece que tú hablas, hoy, en mi corazón, por mi boca. Pero no podría jurarlo. Así como tú oscilas entre la angustia y la ironía, así yo sé decir si mi alma habla en ti o si la tuya habla en mí. Pero éstas son, sin duda, las palabras que *debes* decir:

¡Adelante, amigos, adelante! ¡Valor! ¡Vuestros hierros son bastante cortantes, vuestros instrumentos son lo bastante afilados! No os espantéis por un poco de sangre, no tembléis si vuestra alma gime un poco. ¡Sin debilidades, amigos, sin miedo! Trabajad, excavad, hurgad, hacia el fondo, abajo, todavía más abajo, en lo profundo, en la más íntima, profunda profundidad. No dejéis ninguna fibra cubierta, haced que no quede un solo receptáculo intacto, un solo rincón oscuro. Buscad bien dentro, poned al descubierto toda herida, todo nervio fino y todo hueso duro. ¡No os detengáis en los huesos! Dentro del hueso algo vive, hay la sangre que corre, hay la pulpa y el meollo. No tengáis piedad, amigos, ninguna, ninguna, ninguna piedad. Abrid vuestra alma y ponedla al sol. Aunque se vuelva árida, aunque arda, no importa. Es preciso ponerse a uno mismo en exposición, a pedazos, delante de la gente. Sed, amigos, los cirujanos, los carniceros, los descuartizadores de vuestras almas.

Como el héroe de Terencio, que cada uno se atormenta sin tregua a sí mismo. Como el Dios que se ofreció en holocausto, que cada uno se ofrezca a los demás como alimento. Que todos sepan, en la ciudad, en la patria e incluso fuera, incluso lejos si es posible, que en estos tiempos vamos a la iglesia a coquetear con Cristo o que hemos soñado en aventuras y viajes circulares e imaginarios. Hagamos saber al mundo que ayer íbamos de paseo con Apolo y que hoy vamos hacia Weimar, que somos viejos y que somos jóvenes, que hace tiempo que hemos dejado a Nietzsche a mitad de camino y que mañana, acaso, abandonemos al caudillo poeta. ¡Seamos, en suma, los proclamadores, los narradores de nosotros mismos! ¿Acaso no es ésta la señal de nuestra superioridad? ¿Acaso no es la aureola de nuestra grandeza?

Aceptemos, pues, la carga; no nos cansemos de hacer y rehacer nuestras cuentas. ¡Pesémonos cada día en la balanza del espíritu, tomémonos el pulso cada hora, publiquemos cada década el boletín de nuestra salud o de nuestras enfermedades!

Y, sobre todo, hagamos proyectos, amigos míos. Hagamos muchos, grandes, continuos proyectos. ¿Acaso el proyecto no es el té, el café, el opio, el hachís de la vida? ¿Acaso no es el sustituto, el sucedáneo, las arras de la humanidad? ¡Dulcísimo y benigno Dios, cuánto te he amado, acunado y acariciado en el secreto de mi alma! ¿Quién cantará tus alabanzas, quién hará para ti una apología con proemio, notas y apéndices? ¿Quién te amará como yo te he amado?

Dos felicidades concedes a los hombres. La de tener un pretexto para no hacer nada en la espera de la elección y la de persuadirse que se goza en el presente lo que se medita en el futuro. Tú eres, pues, proyecto, el doble y santo sendero del reposo, la dúpiice escala ascendente hacia el ocio perfecto.

¡Hagamos, pues, proyectos, amigos! Que nuestra vida esté hecha de planos y esbozos, que la muerte no encuentre en nosotros otra cosa que promesas, que la vida no sea para nosotros más que una espera eterna. Pero ¿qué digo? Todo esto vosotros lo hacéis, lo habéis hecho. Es más —confesadlo—, sólo habéis hecho esto. ¿Acaso no somos, por ahora, hombres que hacen un gran consumo de fantasía, y no somos los castos novios de la vida y de la gloria?

Oímos rugir a nuestro alrededor la vida, como un gran mar entre los cantos de las sirenas y el rumor de las carnicerías. Pero estamos todavía aquí, en la orilla, con los pies en la arena que cede, y no hemos superado todavía las primeras olas. Es más, ni siquiera todos estamos en la orilla. Muchos de nosotros están todavía encerrados en sus casas, en sus viejas casas, entre el

hogar paterno y la celda mística. Y yo creo a estos graneles niños que tienen grandes mapas delante y con el dedo señalan los caminos y con los ojos siguen los confines. Y en lo alto de cada carta está escrito: *El Mundo*.

Cada noche, cuando las estrellas nos hacen más pensativos, cuando los hombres regresan del trabajo y tienen tiempo de pensar en lo que han hecho o harán, cuando pasan por las calles los cantos y los sonidos de aquellos que no pueden olvidar, nosotros nos situamos delante de nuestros mapas y buscamos con los ojos un poco húmedos y la mano un poco temblorosa el itinerario de nuestra vida.

¡Terrible angustia de estas horas de búsqueda! ¡Terrible miedo de los abismos y de los pantanos! Todo está dibujado en estos mapas con signos ligeros y de varios colores. Está allí, a un lado, el País de la Ternura, coloreado de azul y de rosa, con bosquecillos bien podados, con riachuelos de plata en los cuales corretean pececitos de oro. Pero está también el País del Terror, hosco de bosques, entrecruzado de sangre, hirsuto de montañas, sin ríos ni lagos, árido y despiadado como el corazón de aquel que muere de ira. Y al lado, por extraña ventura, está el País del Sueño, cubierto de móviles vapores, vivo de ágiles linceos, lleno de fantasmagorías, con desiertos que se animan al soplo de la Morgana, con precipicios que hacen nacer por milagro fuentes bajo los pies de los peregrinos. Y más allá se ve el País de los Mercados, con su tierra opulenta y sus graneros repletos; el País de Dios, con las cabanas de los ermitaños y las armonías de las basílicas; el País de la Palabra, rumoroso de gritos y maloliente de hálitos.

Todas esas regiones y muchas otras vemos, en el mapa del mundo, por la noche, bajo la luz familiar de la lámpara. Y vemos los caminos que llevan a los tesoros y a los éxtasis; que nos conducen a la camita del recién nacido o nos arrojan en un océano sin orillas; que tienen por meta la locura o el poder, la fosa o el trono. Los vemos todos y los seguidos, señalándolos lentamente en el mapa con nuestros dedos febriles. Y las horas pasan pesadas y tristes, pasan los hombres que alborotan, pasan las mujeres que ríen, y nosotros seguimos los desarrollos de los caminos, descubrimos los atajos, adivinamos los senderos y señalamos a nuestro cuerpo que espera el retiro perfecto o la conquista de toda tierra. Mientras tanto, el tiempo pasa con su silenciosa crueldad. Lo oímos a nuestra puerta, que pisotea llanamente como un ejército de demonios descalzos. Cada día es un demonio, cada hora es un demonio, cada minuto es un demonio, amigos. ¿Nadie se da cuenta de ello? ¿Nadie lo dice en voz alta? ¿Tendré que recordaros con temor que cada día, cada hora, cada minuto, nos hace menos jóvenes, nos hace menos fuertes, nos hace menos eternos? ¿Tendré que haceros temblar pensando en la muerte del tiempo, en la muerte de la

vida, en la muerte que no conoce redentores, que no sabe de resurrecciones? ¿Tendré que deciros, una vez más, con susto, que tenemos muy poco hilo que desarrollar, escaso aire que respirar, pocas bocas que besar, pocos instantes para crear?

¿Nunca pensáis en todo esto? ¿No sentís este acoso del rápido destino que no descansa nunca? ¿Y nunca os sorprende, mientras despedazáis vuestra alma, mientras sacáis al balcón vuestros trapos, mientras hacéis vuestros itinerarios, no os asalta nunca el desdén, el desprecio, el asco de vosotros mismos? ¿Nunca tenéis un impulso violento que os haga salir de la sala anatómica y del mapa geográfico, no experimentáis nunca un deseo salvaje de esconder vuestras interioridades y de romper vuestro mapamundi pintado?

¡Hacedlo, pues, de una vez, amigos! Decid: ¿Acaso estamos aquí para darnos en espectáculo? ¿Qué divino empresario nos ha contratado? ¿Acaso estamos en la feria para vomitar por la boca naderías doradas, como un juglar charlatán? ¿Tenemos que consumir la vida, brizna a brizna, gota a gota, diciendo lo que haremos en lugar de hacerlo, dibujando con graciosas curvas los viajes que nunca iniciaremos, trazando sobre el papel los triunfos que no obtendremos, dibujando los caminos que no conocerán nuestros pasos?

Un pequeño esfuerzo, amigos. Arrojemos a aquel mar furioso y espumoso que tanto nos atrae nuestros mapas. El mar es un Dios prudente que sabe guardar los secretos: no nos traicionará. No arrojará a la orilla los cadáveres de nuestros propósitos. Acabemos, un buen día, de narrar con bellas palabras lo que somos o buscamos ser; dejemos de proponernos con acentos heroicos fugas nocturnas y exploraciones, y andemos. Que por última vez las palabras sean pajes que no preceden a ningún rey.

Dirijámonos hacia el Sur, o bien hacia el Norte. Clásicos o románticos: ¡qué importa! Por *Cristo* o por *Satanás*. Líricos o dialécticos, señores de palabras o capitanes de voluntades: lo que queramos, o podamos, o sepamos. Pero hagamos algo, ¡en nombre de Dios! Demos a nosotros mismos, a nuestros compañeros, a los enemigos, nuestra obra, la prueba de nuestra fuerza conquistadora y generadora. ¡Que cada uno realice su propio trabajo, por grande o pequeño que sea, que cada uno recoja su cosecha, ya sea de humilde avena o de rubio trigo!

La nave está junto a la orilla, en el puerto, embreada de negro alquitrán, con todas las velas al viento, con todas las banderas a la luz. El capitán, a proa, escruta el horizonte; el contramaestre está inclinado sobre las cartas oceánicas buscando la ruta futura. Pero la nave permanece junto a la orilla,

las anclas están todavía agarradas al fondo, la nave no se mueve, la nave no zarpa todavía.

A las puertas de la ciudad, el caballero ha subido a caballo. El caballo está enjaezado, el caballero lleva en la mano el arco nervioso; al costado, la oscura espada. Pero el caballero no mueve ningún miembro, el caballero no arroja flechas, la espada no sale de la vaina.

Tú, hombre, estás en el umbral de la vida, y se columbran tus fríos ojos, que ven muy lejos; se oye el latido de tu corazón, que desea y aborrece con igual vehemencia; se escucha tu respiración anhelante de fiera que está a punto de arrojarse sobre la tierra.

Pero he aquí que a la hora de la espera sucede la de la impaciencia. La nave oscila y se estremece sobre el espejo de las aguas y hace gemir los cables que la retienen cerca de tierra; el caballo patalea, relincha y tiende el morro hacia adelante, hacia el prado que huele, hacia el campo que ondula...

La profecía del prisionero

1

De una oscura cárcel de carne venimos al mundo, amigo y hermano mío. Y apenas liberados, queremos edificar una cárcel nueva; una cárcel más terrible; una cárcel de espíritu. De niños, crecemos trabajando con nuestras manos impacientes para elevar los muros; cada día amontonamos las piedras, cada lágrima nos sirve de cemento, cada dolor nos hace más solitarios; cada descubrimiento, más lejanos. Con ojos de sueño nos encerramos en nuestra persona, como en una casa fiel.

Y llegados a la adolescencia, nuestra cárcel (nuestra fortaleza) está terminada, y sólo alguna madre o alguna amante intenta penetrar por los agujeros de los ojos. Y empieza la vela dolorosa. Le crecen alas al alma, pero el espacio se hace más pequeño. Inclinaos sobre alguna de esas almas y oiréis su latir subterráneo, inútil y furioso. El ojo se hace más adecuado a la luz, pero la luz va faltando. La voz busca los primeros acordes, y a su alrededor ya nadie la escucha, ya nadie la comprende. Las lágrimas caen y nadie las descubre; las iras estallan y nadie se asusta. El cerco se va estrechando, las aspilleras se cierran, la fortaleza parece transformarse en caverna. Entonces nos encontramos atenazados y encerrados dentro de esta fortaleza y de esta prisión. Ninguna ventana, ninguna puerta, ningún cielo que no sea soñado, ninguna luz que no provenga de golpear con la mano las pupilas. Estás encerrado como una mónada, secreto como una celda, mudo como un felino nocturno que ya nada espere de la inteligencia de los hombres. En la oscuridad, en el silencio, una voz repite: nadie dirá aquello que querías decir; nadie sabrá aquello que has sabido; nadie estará contigo en el momento de la muerte. La voz de la cobardía te ayudará a cometer nuevas prostituciones, y temblarás detrás de tus muros, y querrás hacer una buena salida, y entonces te adornarás y prepararás; en tu puño brillará como llama de antorcha tu más bella bandera, y te pondrás los vestidos de más variados colores, las plumas más ondulantes, los adornos más frágiles, las armas más bruñidas. Y querrás salir al sol, a la tierra, a la luz, a la libertad. Te quemará el fuego mesiánico, se agitará en tu pecho el espíritu profético de Ezequiel y de Joaquín. Querrás hablar a tus semejantes, y los llamarás a tu casa como una moza de partido, y los seducirás con caricias y sonrisas. Sentirás por todos un gran amor desconocido, una loca sensación de ternura materna, un amor ardiente que cuanto más se intenta aplacar más exaspera. Entonces la máscara cristiana se moldeará sobre tu rostro,

por ella misma, como cera blanda, sin que tú la fabriques ni la busques. Querrás revelar la verdad, la bondad, la grandeza, la riqueza. Las palabras acudirán a tu garganta como nudos de llanto, manarán de tu boca como aguas incansables, encontrarás la dulzura que hace palidecer y la invectiva que hace temblar. Tus manos se elevarán en el aire como troncos que prometen sombra a pesar de su desnudez, tus cabellos se agitarán como una multitud ansiosa, tu cuerpo crecerá como si quisiera dominar sobre la montaña o tenderse en la cruz.

Irán entonces a tu cabecera nocturna las sombras sacerdotales de los antiguos reveladores: verás a Moisés todavía deslumbrado por la zarza ardiente que tiende las leyes terribles; verás a Cristo, que llora lágrimas de sangre bajo los olivos cansados; verás a Mahoma cabalgando por la arena, con la esperanza feroz en su corazón. Y todos te parecerán hermanos, y tú quisieras, como ellos, incendiar un pueblo, embriagar de sueños a una raza, alterar el mundo.

Y tus pies buscarán las montañas, tu voz seguirá las huellas de las multitudes y querrás ser único y creador. Te parecerá que en ti comienzan nuevos tiempos y nuevas leyes, y mirarás sonriendo las imágenes de los antiguos dioses, y tendrás tentaciones de romper con tus manos las viejas tablas encerradas en los santuarios.

Todo esto sentirás cuando tu alma esté colmada, cuando la caverna donde te hiciste grande te parezca demasiado angosta, cuando creas que de tu tiniebla solitaria tienes que salir a la luz. Y entonces te sentirás semejante a un dios, y dirás que eres hijo de Dios, cuando no te sientas con fuerzas para matarlo.

Así vendrás al mundo, a caballo, glorificante, rico de joyas y de gualdrapas, orgulloso como un rey, dador como una sultana, riente como un loco de corte.

2

Sobre todo, como un loco, ¡oh amigo, oh hermano mío! Y, sobre todo, como un loco de corte. Tu salida será tu derrota. Tú darás a los demás tanta luz, que serás el primero en ser deslumbrado por ella. Y estarás más solo, todavía más solo, porque sabrás que más allá de la fortaleza no hay nadie, mientras que tú esperabas, tú deseabas una multitud, amigo y hermano mío. Y un día, después de haber sacudido todos tus cascabeles, después de haber arrojado todas tus palabras, después de haber hecho brillar bajo el sol todos tus vestidos, después de haber agitado todas tus banderas y soplado en todas tus trompas, te quedarás solo, abandonado, doliente,

como un charlatán al que de repente la muchedumbre dejó en la plaza. ¡Y llegará el día del llanto, el día del gran, profundo, silencioso llanto, oh amigo y hermano mío! *¡El día del descubrimiento del desierto!*

Y entonces te despojarás de todos tus vestidos y toda palabra te parecerá un sonido vacío, pequeño, ridículo, una cascara vieja, un despojo inmundo, un juguete inútil. Y tus banderas caerán en el barro, y tus trompas estarán mudas, y solamente los viejos árboles, balanceándose bajo la ira del viento, parecerán menear la cabeza y compadecerte. Te quedarás desnudo como un mendigo, desenraizado como un vagabundo en una estepa, desesperado como quien estuviera condenado a la vida eterna. Lo habrás dado todo y todo lo habrás perdido. El sol ya no te calentará, el agua no vendrá a satisfacer tu sed. El aire parecerá huir de tu pecho. Y entonces recordarás la trágica desaparición de los padres: de Moisés, que se dice llamado por Dios y desaparece sin que ojo humano nunca más lo vea, y va a la soledad a llorar sobre la vanidad de su obra; de Cristo, que no llora, en la noche terrible, por su próximo martirio, sino por el descubrimiento de la inutilidad de su misión...

Y también tú sabrás que quisiste dar lo que no tenías: la verdad; que quisiste dar a quien no tenía, recipientes para recoger tus dones; que hablaste sin que nadie te comprendiera; que no comprendiste lo que querías decir.

El último día habrá llegado. Tu alma será como una ciudad devastada, como una torre destruida, y querrás remover los profundos estratos de cenizas para encontrar en el corazón del mundo alguna llama escondida. Pero todo estará apagado, todo estará frío, ninguna llama oscilará entre las ruinas, no se verá ninguna hoguera que desde lejos llame al peregrino. Todo estará muerto porque tú estarás muerto. ¡Y ni siquiera tendrás fuerza para cavarte una buena tumba!

3

Entonces, amigo y hermano mío, sólo te queda una cosa: tu vieja caverna, tu cubil misterioso, tu fortaleza cerrada que abandonaste el día de la plenitud. Tú recuerdas todavía los muros altos y negros, los laberintos subterráneos, las tinieblas tentadoras. ¡Vuelve, oh mendigo moribundo, a tu madriguera de niño! Ten la fuerza de emparedarte de nuevo en tu clausura, encerrado bajo siete llaves, cerrado con siete sellos. Sé tu prisionero y tu carcelero. Sabe, como los pájaros de las montañas, morir solo entre las rocas.

Y deja a tu espalda, más allá de la puerta, a los enigmáticos fantasmas que tú llamas *los otros*. Si quieres ser tú, no los lames tus *semejantes*. Para ser semejante a ellos tienes que ser otro, tienes que ser distinto de ti, tender redes, encapucharte con extrañas formas, recubrirte con sucios mantos. Y piensa —¡terrible cosa!— que, acaso, cada uno hará lo que tú te ves obligado a hacer, y cada uno se rebajará para conocer a los rebajados, se esconderá para encontrar escondidos, irá con máscara para reconocer a los enmascarados. Entonces no te rías más de tu locura, no odies tus palabras, no maldigas tu empresa. Todavía es tiempo de morir bien. Volverás a entrar desnudo en tu fortaleza, ¡pero cuánto más fuerte será esta desnudez que la antigua riqueza! Afuera tú habrás arrojado lo que más te pesaba, todas tus *apariencias* y todas tus soñadoras esperanzas. Ya no tienes lo que te constreñía y lo que te devoraba: lo perdiste entre los matorrales de los setos que superaste y en las aguas fangosas de los ríos que atravesaste.

Antes tú querías *decir*, y ahora sabes que nadie puede *decir*, sino sólo *cantar*; antes querías entrar en las almas ajenas, y ahora sabes que toda alma está sola, es inaccesible, rebelde, como tu alma misma, amigo y hermano. Y si querías dominar sabes que nada puede llegar a ser tuyo, ya que *todo es tuyo*.

En este momento la caverna a la que has vuelto después del ruidoso exilio ya no te parecerá estrecha ni tenebrosa. Cada día que pase se irá ensanchando, ampliando, como si algún gigante quisiera romper con rabia sus paredes. Y tu ojo dejará de percibir la distinción bíblica de la luz y de las tinieblas. Ya no comprenderás lo que de niño te dijeron sobre la noche y el día. Habrás pasado los confines de las antítesis escolásticas. Y la caverna se disolverá poco a poco, como una corona de niebla, como una muralla encantada, y un mundo que no sabes y no conoces, que no conocerás pero vivirás, será tu real asignación. Y un día, en este mundo de vida silenciosa, una gran serpiente centelleante y voluptuosa te enseñará la boca abierta para hacerte ver su lengua cortada. La antigua debilidad, la antigua cobardía estará vencida. Eva morirá, ya no tentada por la palabra insidiosa, ya no alimentada por las manzanas morales del avaro horticultor judaico.

¡Y no harás *ningún* himno para celebrar esta victoria!

El demonio me dijo

I

En toda mi vida he hablado con el Demonio solamente cinco veces; pero, de todos los que ahora están vivos, estoy seguro que soy aquel con quien tiene más familiaridad y que lo conoce más íntimamente. Me trata —lo afirmo con un cierto orgullo, que no intento esconder— con una benigna condescendencia, que alguna vez ha conseguido emocionarme. Cuando estoy con él no hago sino escucharlo. Es decir, me equivoco: lo escucho y lo miro. El Demonio, por lo menos tal como se me ha aparecido hasta ahora, es una persona que se sale de lo ordinario. Es alto y muy pálido: es todavía bastante joven, pero de aquella juventud que ha vivido demasiado y que es más triste que la vejez. Su rostro, blanquísimo y alargado, no tiene nada de particular, más que la boca sutil, cerrada y apretada, con una arruga, única y profunda, que se levanta perpendicularmente entre las cejas y se pierde casi en la raíz de los cabellos. Nunca he sabido bien de qué color tiene los ojos, porque no los he podido mirar nunca más que un instante, y tampoco sé el color de sus cabellos, porque una gran boina de seda, que no se quita nunca, se los esconde completamente. Viste decentemente de negro y sus manos están siempre impecablemente enguantadas.

Es un poco difícil que en estos tiempos se decida a venir a la tierra. Un día me confesaba con aire de tristeza:

—Ahora ya los hombres no me interesan. Se compran por poco, pero valen cada vez menos. No tienen ni meollo, ni alma, ni aliento: acaso ni siquiera tendrían sangre bastante roja para escribir el contrato de rúbrica.

A pesar de eso, cuando se aburre, algunos días, en su país, demasiado poblado, sube entre nosotros. Nadie, en verdad, se da cuenta de ello, porque los hombres ya no lo reconocen y pasan por su lado tomándolo por uno cualquiera de sus semejantes, sonriendo y quitándose el sombrero con un aire de seguridad que da miedo. Pero yo siento siempre la *estela* de su paso y procuro gozar de su compañía. La conversación del Demonio es la más provechosa y agradable de cuantas conozco. Es de aquellas que hacen comprender el mundo, y, sobre todo, el mundo que está en nosotros, bastante más que los pequeños y grandes tratados de propedéutica que se leen en la biblioteca universitaria de Heidelberg.

Nunca he encontrado un ser más indulgente que el Diablo. Conoce tan perfectamente las perversidades, las bellaquerías, las porquerías y bestialidades humanas, que nada lo maravilla ni lo indigna. Es pacífico y

sonriente como un sabio antiguo, y a veces me parece más cristiano que todos los cristianos que hay en el mundo. Ha perdonado incluso a Aquel que lo condenó y expulsó de su lado. Cuando habla de él reconoce que el Omnipotente obró justamente arrojándolo del cielo, ya que un rey no puede permitir que haya a su alrededor seres demasiado soberbios e indisciplinados.

—Si hubiera estado en su lugar —me confesó una vez—, hubiese condenado al rebelde a una pena más terrible. Lo hubiera obligado a la inacción, a la inmovilidad. En cambio, Dios fue generosamente clemente conmigo y me proporcionó el modo de seguir la carrera para la que era más adecuado. Aunque hoy día estoy un poco aburrido de ella, no tengo, sin embargo, demasiada razón de quejarme; me hubiera aburrido mucho más en el seno de la beatitud celeste.

Está animado, incluso hacia los hombres, de una bonachonería un poco irónica, acompañada, es preciso decirlo, por un desprecio convencido, que no siempre consigue disimular. Por su oficio, es el atormentador de los hombres; pero la larga costumbre lo ha vuelto menos feroz y menos terrible. Ya no es el hirsuto y monstruoso demonio del medievo, con cola y cuernos, que iba a acariciar a las vírgenes de los monasterios y a provocar las fiebres solitarias de los padres en el desierto. Se ha dado cuenta ya de que la tentación es perfectamente inútil. Los hombres pecan por sí mismos, natural y espontáneamente, sin necesidad de excitaciones y de reclamos. Los deja en paz y ellos corren hacia él como el agua corre por la pendiente. Por eso ya no los considera como enemigos a los que hay que conquistar, sino como buenos y fieles subditos, dispuestos a pagar su tributo sin hacerse rogar. Por eso, en estos últimos tiempos, ha nacido en él una cierta piedad por nosotros que no destruye su desprecio, sino que lo atenúa y lo vela. Me ha persuadido en esta opinión el último coloquio que he tenido con él, en el cual me ha revelado una cosa que tiene un cierto valor para todos aquellos que buscamos el *más arriba* y el *más allá*.

2

Lo he encontrado, la última vez, por una de aquellas calles solitarias que hay alrededor de Florencia, encastradas entre muros grises por los que asoman ramas de olivo. Andaba leyendo un librito encuadernado en negro y reía para sí, como sólo él sabe reír. Me he acercado y, en cuanto me ha visto, ha cerrado el libro, me ha tomado del brazo y ha empezado a decirme: —Conozco desde hace siglos este librito: es la Biblia. La releo de cuando en cuando, cuando tengo necesidad de ponerme de buen humor. La que leo

ahora está en inglés y me he dado cuenta de que el inglés se presta admirablemente para el Antiguo Testamento, mientras que prefiero el italiano para el Nuevo. Estaba relejendo ahora, por milésima vez, los primeros capítulos del *Génesis*, ya comprende usted por qué. En ellos yo tengo un papel importante y algunas veces soy, además de soberbio, un poco vanidoso. Me gusta, digo la verdad, volverme a ver, bajo los bellos despojos de la serpiente, enroscado en el árbol como en los viejos grabados, tendiendo mi cabeza negruzca hacia el blanco cuerpo desnudo de la agradable Eva. Pero es una lástima que la historia de la tentación haya sido tan alterada por los historiadores siervos de Dios. Un día u otro, si tengo tiempo, haré una edición corregida de la Biblia, y no sólo corregida, sino también aumentada, porque los santos y piadosos escritores han sentido repugnancia de escribir demasiado frecuentemente mi nombre, y han dejado en la oscuridad alguna de mis mejores hazañas.

»Volviendo a la tentación, repito, mi querido amigo, que la narración bíblica está descaradamente falseada. Nunca he dicho esto a ningún hombre, pero creo que tú eres uno de aquellos a los que se les puede decir lo que ningún hombre podría inventar por sí mismo. Te confesaré, pues, que no fui, en el verdadero sentido de la palabra, un tentador y un engañador. Cuando me dirigí a Eva para empujarla a probar el fruto prohibido, no tenía ninguna intención de hacer caer a los hombres en desgracia. Mi único propósito era vengarme de Jehová, el cual, como yo creía en aquellos tiempos, me había tratado indignamente. Es decir, quería crearle rivales en potencia, y por eso no mentí en absoluto cuando le dije a Eva: «Comed de estos frutos y *seréis semejantes a dioses.*»

»Yo decía, te lo aseguro, la pura verdad. En efecto, el árbol prohibido era el de la sabiduría, el árbol de la ciencia, no sólo del bien y del mal, como dice el Hebreo, sino de lo verdadero y de lo falso, de lo visible y de lo invisible, del cielo y de la tierra, de los animales y de los espíritus. Y tú sabes, querido amigo, que sapiencia es potencia, y que ser Dios significa precisamente ser sapiente y potente. Por eso no quería en absoluto estafar a los hombres indicándoles la manera de hacerse semejantes a Jehová. Mi interés era que lo logaran, porque confiaba en su ayuda para reconquistar el Cielo.

»En tus ojos veo que quisieras preguntarme algo, y sé lo que es: ¿Cómo fue que Adán y Eva, aunque probaron el fruto prohibido, no se volvieron dioses, sino que fueron expulsados por su Dios fuera del hermoso jardín?

»Te explicaré brevemente, si quieres, este aparente misterio. Eva, en la confusión del momento, no advirtió que los frutos del árbol eran muchos y diversos entre ellos, y no oyó lo que le dije; es decir, que no bastaba comer algunos, sino que era *necesario despojar enteramente el árbol*, es decir,

adquirir toda la sabiduría. En cambio, apenas hubo comido uno, no tuvo la presencia de espíritu de coger y comer rápidamente todos los demás, y así fue como Jehová tuvo tiempo de darse cuenta del peligro y de poner inmediatamente remedio a él con el destierro perpetuo. Si Adán y Eva se hubieran comido todos los frutos del maravilloso árbol, el Gran Viejo no hubiese podido arrojarlos del Paraíso. Hubieran sido dioses contra Dios, y ningún ángel, por provisto de espadas llameantes que estuviera, los habría puesto en fuga. *Dios pudo castigarlos porque no habían pecado enteramente.* El pecado original fue castigado porque no fue bastante grande. Así sucede siempre en la tierra, y no quiero recordarte una vez más el coloquio de Alejandro y el pirata para demostrarte cómo un delito es castigado cuando es pequeño y ensalzado y premiado cuando es grande.

»El hombre, en aquel día lejano, perdió, pues, una magnífica ocasión de volverse dios, y yo perdí una de las pocas probabilidades de regresar al Cielo. Pero yo creo, excelente amigo, y te lo digo, aunque tú y otros hombres no presten mucho crédito a los consejos del demonio, yo creo que *todavía estaríais a tiempo de terminar los frutos del árbol*, que todavía estaríais a tiempo de volveros dioses. Ya no os acordáis del camino del Paraíso Terrenal, pero yo sé que alguna semilla de aquel árbol ha volado fuera y es ya robusta. Se trata de buscarla en vuestros bosques, criarla y podarla hasta que dé, una vez más, sus frutos. Y entonces —creed a vuestro viejo amigo, que algunos servidores envidiosos quieren haceros creer vuestro adversario—, entonces podréis comerlos a vuestro placer, hasta la saciedad, y mi promesa será cumplida.

»¿Quisieras preguntarme alguna indicación, alguna señal de reconocimiento de este árbol y de sus frutos? No puedo decirte nada. Es preciso que lo busquéis vosotros mismos, con paciencia y constancia. Y avisadme en seguida que lo hayáis encontrado, porque entonces mi misión habrá terminado y acaso el buen Dios volverá a llamarme a su lado.

La voz del Demonio, a este punto, se hizo un poco melancólica. La arruga profunda y recta, que se levanta en medio de su frente, me pareció más oscura. Después de haberse detenido unos momentos, como asaltado por un pensamiento, continuó su camino en silencio, contemplando las estrellas que empezaban a temblar en el lánguido cielo crepuscular.

El demonio, tentado

Esta noche he soñado una extraña hazaña, esta mañana la he realizado, esta tarde la cuento. Que me escuchen todos aquellos que son tan sabios como para creer en la realidad de aquello que no sucede.

Suelo encontrar al Demonio en mis sueños, y también esta noche lo he visto. Lo he soñado y he soñado además una tentación, pero no era él — comprendedlo bien— quien me tentaba, *iera yo que tentaba al demonio!* El sueño ha sido tan improviso y extraño, que me he despertado sobresaltado y durante todo el resto de la noche no he podido apartar mi pensamiento de aquella escena entrevista un momento, de aquellas palabras escuchadas por pocos instantes.

Esta mañana me he persuadido de que no tenía otro medio de librarme de esa extraña visión nocturna que hacerla real durante la vigilia y, sin reflexionar más, me he puesto en camino.

Al fondo de la calle donde está mi casa, el Demonio me esperaba. Por un momento creí que sabía lo del sueño y que él mismo lo había provocado para reírse de mí. Estaba a punto de volver atrás con un poco de temor, cuando me he acordado de que hace algunos días habíamos quedado en encontrarnos para ir a visitar a un viejo ciprés que varias veces ha protegido con su negra y maciza sombra nuestros diálogos.

Nos hemos puesto en camino en silencio, sin ni siquiera saludarnos. Cuando hemos estado fuera de la ciudad, el Demonio ha seguido callando, pero el sueño ha vuelto a aparecérseme más vivo e imperioso que nunca y mis labios se han movido.

Pero no he hablado. ¿Cómo empezar un discurso ante aquel obstinado silencio?

Hemos llegado, finalmente, al viejo ciprés, que movía un poco su copa con aire de impaciencia y de reproche. Nos hemos sentado, con la espalda apoyada en su ancho y duro tronco, y el demonio ha seguido callado. Entonces, como si en lo más profundo algún venero se hubiera abierto de repente, he sentido gorgojear, subir, derramarse las palabras que debía decir. Y he hablado al Demonio de esta manera:

—Maestro y amigo mío, he aquí que ha llegado para ti el día de la tentación. Tú ya no eres capaz de tentar a los hombres y es preciso que los hombres vengan a tentarte. Tuviste éxito con Adán, fracasaste con Cristo, pero no eres ni hombre ni dios, y yo soy un hombre que va volviéndose dios. Por eso tengo el derecho y la fuerza de inducirte en tentación y de vengar a Adán y a sus hijos.

»Tú ofreciste a los primeros hombres la divinidad; a Cristo, los reinos de la tierra; a Fausto, el poder. Pero yo te ofrezco algo mejor; es decir, te ofrezco que no imites a Dios, que no poseas lo que existe, sino que seas el verdadero oponente de Dios, el definitivo destructor del ser.

»Dicen que eres el gran adversario del Señor y el gran negador y subvertidor de las cosas, pero no es verdad. Tú has procurado imitar a Dios

con los milagros, has intentado gobernar como él, lo has copiado y seguido, igual que un macaco copia a su dueño. Si hubieses sido verdaderamente la antítesis, lo contrario de Dios, hubieras tenido que hacer desde hace tiempo lo contrario de lo que Él ha hecho; hubieras dejado de provocar solamente antipapas y anticristos: te hubieras convertido en el verdadero *Anti-Dios*. ¿Cuál ha sido la gran obra de Dios? La creación del mundo. ¿Cuál debería ser tu gran obra? La destrucción del mundo. Tú deberías, ¿comprendes?, no desordenar y complicar el mundo, sino destruirlo, suprimirlo, aniquilarlo.

»¿Cómo has tolerado, cobarde jactancioso, que el mundo siga existiendo? ¿Por qué no has sabido, cósmico revolucionario, quitar de en medio el universo? ¿Cuándo conseguirás dar la gran respuesta al *Fiat* de Dios, responderle, después de una pausa de algunos siglos, con un *Pereat* todavía más poderoso?

»Mientras sigas haciendo los acostumbrados pequeños agravios al Señor, mientras sigas disputándole algún alma pusilánime, mientras sigas alterando alguna parte del cielo y de la tierra, serás infiel a tu misión, que es la de ser el envés de Dios. En nombre de algunos hombres, abúrrete de estas fingidas batallas; vengo a intimarte a llevarlo a cabo o desaparecer.

»Yo te diré de qué manera puedes conducir el mundo al fin. Es necesario que cambies del todo tu manera de actuar. Has sido hasta ahora un subvertidor y un desordenador, un espíritu móvil y múltiple, es decir, un creador de movimientos y de cambios. Todo eso es perfectamente estúpido. Tú sabes que el movimiento es el cambio en el tiempo, y que el cambio es creación de diferencia, y que la realidad es el conjunto de las cosas diversas. La realidad es tanto mayor, cuanto más son las diferencias. Aumentar las diferencias, es decir, mover y cambiar, es aumentar la realidad; disminuir las diferencias, es decir, inmovilizar e igualar, es disminuir la realidad.

»Los hombres han intentado esta muerte de la realidad con las palabras, las cuales sirven para clases de cosas y no para cada cosa diversa, es decir, de cada grupo de cosas consideran solamente aquello que las hace semejantes. Algunos hombres, que el vulgo llama filósofos, o sea enamorados de la sabiduría, han ido más allá que los demás y han intentado reducir todo el mundo, con su infinita variedad de movimientos y de formas, a una sola palabra. Después de esto han entonado himnos en honor de sí mismos y han creído haber puesto la palabra fin al libro del universo. Pero éstos no se han dado cuenta de que la palabra, precisamente porque quería encerrarlo todo, negaba toda diferencia, no contenía ya ninguna realidad. En el mundo de las ideas, lo único se llama inconcebible; en el mundo de las cosas, lo único se llama inconsistente. Sería necesario que tú hicieras realmente lo que los filósofos han hecho solamente en

sueños; tendrías que ser el filósofo que obrara con las cosas y no con las palabras. El hombre filósofo quiere reducir el mundo a una sola palabra y acaba en la nada lógica. Tú deberías reducir el mundo a una sola cosa y obtendrías la nada verdadera, la auténtica nada, la nada última y definitiva.

»Yo te he señalado el camino. A ti, que todavía eres poderoso, toca seguirlo. Funde, asimila, une, liga, nivela, iguala, suprime las diversidades, reduce todos los animales a uno solo, y este animal a una planta, y todas las plantas a esta planta, y esta planta a un mineral, y todos los minerales a este mineral, y todos los cuerpos a un solo cuerpo, todas las sustancias a una sola sustancia, todas las formas de la fuerza a una sola forma, y esta sola forma de la fuerza al único elemento de la sustancia, y verás entonces que el mundo, poco a poco, palidece, se atenúa, se desvanece entre tus manos, y tú mismo y el mismo Dios sois una sola cosa, y esta cosa única forma parte del todo y desaparece con él.

»Odia la diversidad, persigue la distinción, deten los movimientos, impide los cambios, y entonces serás verdaderamente el enemigo de Dios, el cancelador de sus obras, su radical regenerador. Que tu actividad se dirija, no a suscitar, sino a suprimir toda actividad. Anima el ocio, provoca el éxtasis, ayuda a los fabricantes de ideas generales. Poco a poco el mundo se irá volviendo perezoso como un asceta e incoloro como un concepto.

»Así habrás respondido finalmente al *Génesis*, y si alguien pudiese todavía escribir tendría que decir que después del fin no hubo ni tierra, ni cielo y ni siquiera abismo. Dios verá desaparecer la obra que tanto lo satisfizo, y tú, viejo desterrado rebelde, estarás vengado. Nunca nadie te ha propuesto una obra tan grande; nadie te ha creído capaz de tanto! ¿Tendrás el valor y el poder de volver a arrojar el universo a la nada de que fue sacado y de lanzar tu *No* ante el *Sí* milenario del Creador? Esta es mi respuesta a tu tentación, ¡oh demonio! Tú me ofreciste ser Dios; yo te ofrezco ser alguien más poderoso que Dios, es decir, el destructor de su obra maestra, el primer y último *Anti-Dios*.

A este punto, las palabras dejaron de subirme a la garganta y el manantial interior se cerró. Contemplé a mi compañero, que me había escuchado con gran recogimiento hasta entonces, sin moverse ni decir nada.

Esperé que me contestara, pero él siguió callado y miró el sol que empezaba a disolver las nieblas del llano. El mundo aparecía poco a poco ante nuestros ojos desde lo alto de la colina donde surge nuestro amigo ciprés.

El viento se llevaba jirones de nubes y silbaba en sordina. Y el demonio miraba y callaba. Finalmente, se levantó, me miró y dijo con voz resuelta:

—Vamos, no puedo entretenerme más.

Entonces me di cuenta de que el Demonio lloraba, y por primera vez vi sus ojos llenos de lágrimas. ¿Lágrimas de lamento, de rabia, de alegría? Lo he pensado durante todo el día y no he sabido decirlo. Espero la noche para preguntárselo en sueños.

La plegaria del buzo

1

El mismo día en que cumplí dieciocho años mi padre me llamó dulcemente y me dijo con la debida gravedad:

—El Señor, Dios, quiere que todo hombre haga, en la tierra, un trabajo. El no quiere a los que miran, sentados al borde de los campos, la obra de los sembradores y de los labradores. Es preciso, pues, que elijas sin demora un arte que dé a tu vida un sentido y una finalidad. Cualquiera que sea tu elección, te prometo no ponerte obstáculos. Así, pues, decide y habla.

Y yo, que reverenciaba profundamente al Señor, Dios, y obedecía siempre a mi padre, respondí:

—Mi elección está ya hecha: seré buzo.

Mi padre palideció un poco, pero contestó en seguida:

—¡Hágase tu voluntad!

2

Así, desde aquel día, fui buzo. Durante muchos y largos años he vivido, solo y en silencio, bajo las grandes aguas. He habitado en todos los mares, he explorado todos los océanos, he bajado a todos los abismos. He encontrado esqueletos de barcos, cuellos de viejas anclas despuntadas, arcones llenos de monedas de oro cuyas efigies estaban corroídas por el agua; grandes monstruos luminosos, con enormes ojos blancos, me han iluminado con su resplandor irreal; largos cuerpos verdosos, semejantes a los de las sirenas, me han acariciado; he penetrado en las bocas oscuras de los volcanes sumergidos; he pisado el suelo de las Atlántidas desaparecidas; he topado con los hinchados cadáveres de los naufragos; me he debatido entre los tentáculos de pulpos colosales; he sacado a la luz montones de maravillosas perlas, de extrañas conchas, de árboles fosforescentes, los puñales que arrojaron en la noche los tremebundos homicidas, los anillos de los Dogos y la áurea copa del Rey de Tule... Llegó, pues, un día en que conocí todas las profundidades marinas, todos los valles de los océanos y todos los golfos más tenebrosos y los tesoros más ocultos. Llegó un día en que estuve impregnado por todos los perfumes salobres y supe todos los ritmos de las olas y todas las sinfonías de las tempestades, y entonces pensé que el Señor, Dios, podía estar ya satisfecho de mi obra y decidí volver a vivir en mi

ciudad, entre los seres terrestres que había dejado desde hacía larguísimos años.

3

Pero, apenas llegué a la ciudad donde había nacido y donde quería morir, tuve como una sensación de terrible disgusto y de tormentoso estupor. Ya no reconocía ni amaba todo aquello que me había visto niño. Acostumbrado a las grandes soledades submarinas, iluminadas por reflejos milagrosos y por luces intensas que parecen venir de las profundidades, no podía habituarme a la angosta colmena fangosa que se llama ciudad. El cielo me parecía demasiado próximo y demasiado pálido; la ciudad se me antojaba como una especie de extraña prisión, surcada por estrechos y sucios corredores, en los que pequeños animales, cubiertos con los despojos de otros animales, corrían mirándose cruel o lascivamente. Ruidosas carcajadas móviles se arrastraban por los corredores, llevando dentro a bestezuelas aprisionadas y acurrucadas; el aire pesaba por el humo y el polvo, y pesaba a alientos infectos y a olores sofocantes. Los hombres me daban la idea de condenados a muerte, enloquecidos en la inútil espera de la gracia. Sus caras me resultaban odiosas, como las de los reptiles blanquecinos que deponen sus huevos cerca de las tumbas; sus ojos me parecían vacíos, como si el alma los hubiera abandonado; sus palabras sonaban en mis oídos como cantinelas de mendigos eternamente hambrientos o como gritos descompuestos de águilas a las que están cortando las alas. En sus casas tenebrosas y angostas vi yacijas en que se arrojaban por la noche como si fueran a morir, y mesas cubiertas de restos de cadáveres y de hojas arrancadas brutalmente a la frescura de la tierra. Habían fabricado grandes habitaciones, donde algunos simulaban amar y morir, moviéndose con vestidos de muchos colores y bordados bajo la luz falsa de lámparas redondas, y grandes salas, donde algunos de ellos, vestidos grotescamente de negro, simulaban salvar a la patria y al mundo chillando con gran seriedad. Y otras salas, en cuyas paredes estaban colgados pedacitos de tela cubiertos de colores y de líneas, con la intención de hacer soñar un mundo mejor que aquel en que viven.

Pero yo no comprendía, acostumbrado a los deslumbrantes silencios de las profundidades, muchos de sus gestos y muchas de sus palabras. Toda aquella vida, en medio de la cual, sin embargo, había nacido y crecido, me parecía sin significado: vacía, pavorosa, torpe, soez, pútrida, como la de un cubil subterráneo habitado por bestias ciegas, débiles e inmundas. Me parecía haber caído en un pozo habitado por cadáveres ambulantes y

hediondos, y por la noche no tenía fuerzas para levantar los ojos, temiendo que de aquel cielo, demasiado ciudadano, hasta las estrellas hubieran huido.

Y yo pensé entre mí: «¿Quién puede haberme reducido a este estado? ¿Quién puede haberme cambiado el alma de tan terrible modo que ahora descubre lo ridículo, lo oscuro y lo feo dondequiera que mire? La ciudad es como yo la dejé de jovencito. Es más, dicen que desde aquel tiempo ha hecho muchos e insignes progresos de todo tipo. ¿Por qué, pues, se presenta ante mí, que vuelvo de los mares, tan extraña y nauseabunda, a mí que, sin embargo, la amé siendo niño con toda el alma y la encontré más bella, más majestuosa y más hospitalaria que ninguna?»

Pero no supe contestar a tales preguntas. Un hombre, que me asistía en aquel terrible estado, me aconsejó que leyera los libros de los médicos del alma y del cuerpo para encontrar el origen y el remedio de aquella que él llamaba, con sincera tristeza, mi alienación.

Y yo leí centenares y millares de libros, día y noche, siempre despierto y siempre ansioso en busca de salud. Pero en ningún libro encontré lo que buscaba. Entonces, encerrado en mi casa paterna, pensé y sufrí durante centenares y millares de horas, siempre despierto y siempre atento a la tremenda ansiedad de la salud. Pero todavía no he encontrado lo que buscaba.

Ahora me dirijo a ti, hombre que estás ante mí con tu malvada sonrisa de verdugo ocioso y con tus ojos que nunca han mirado el cielo; me dirijo a ti, hombre de las precoces e insaciables perversidades y de los secretos bien custodiados, y te ruego, en nombre de la tierra de la que naciste, de la tierra de que te nutres, de la tierra por la que te arrastras, te ruego que me digas por qué no comprendo y no amo la vida de los hombres.

Y, si me contestas, te daré una perla que recogí un día en el valle más fantástico del mar y que ningún ojo, fuera de los míos, ha visto.

El mendigo de almas

Había gastado, a primera hora de la tarde, los últimos cinco céntimos que me quedaban para un café, sin que la demasiado habitual bebida me hubiese dado la inspiración que buscaba y de la que tenía inmediata necesidad. En aquellos tiempos padecía casi siempre hambre, hambre de pan y de gloria, y no había en el mundo ningún padre ni ningún hermano para mí. El director de una revista —un liombrón pálido y taciturno— aceptaba mis cuentos cuando no tenía nada mejor que publicar, y me daba, cada vez, cincuenta liras, ni una más, ni una menos, cualesquiera que fuesen el valor y la extensión de lo que le llevaba.

Aquella tarde de enero el aire estaba todo lleno de viento y de campanas; de viento nervioso y arisco, de campanas horriblemente monótonas. Había entrado en el gran café (luz blanca, caras soñolientas) y había vaciado lentamente mi taza, esforzándome por despertar en mi cerebro alguna reminiscencia de aventuras curiosas, obstinándome en agujijonear mi imaginación para que creara una historia cualquiera que me proporcionara de qué vivir durante algunos días. Tenía necesidad, aquella misma tarde, de escribir un cuento para ir a la mañana siguiente a ver al acostumbrado director, quien me anticiparía lo suficiente, esperaba, para poder comer hasta saciarme. Estaba, por eso, dolorosamente atento al río de mis pensamientos, pronto para saltar sobre la primera idea, sobre la primera visión que se presentara para llenar el montoncito de cuartillas blancas ya numeradas y dispuestas delante de mí. Pasaron así cuatro horas y cuarto de inútil y nerviosa espera. Mi alma estaba vacía, mi espíritu tardo, mi cerebro cansado. Renuncié. Dejé sobre la mesa los últimos céntimos y salí. Apenas fuera, una frase, de improviso, se apoderó de mi espíritu; una frase que había oído repetir muchas veces y de la que no recordaba el autor: «Si un hombre cualquiera supiera narrar sinceramente toda su vida, haría una de las mayores novelas que se han escrito.» Durante unos diez minutos esta frase me obsesionó, sin que yo fuera capaz de sacar ninguna consecuencia de ella. Pero cuando estuve cerca de mi casa me detuve de repente y me pregunté: «¿Por qué no hacer esto? ¿Por qué no contar la vida de cualquier hombre, de cualquier hombre verdadero, del primer hombre corriente que encuentre? Yo no soy un hombre corriente y, por otra parte, he hablado tantas veces de mí mismo en mis cuentos, que ya no sabría qué decir. Es preciso que encuentre ahora, en seguida, un hombre cualquiera, un hombre que no conozca, un hombre ordinario, y que yo le obligue a decirme quién es y qué ha hecho. ¡Esta tarde tengo absoluta necesidad de una vida

humana! ¡Yo no quiero pedir limosna a nadie en dinero, pero pediré y exigiré a la fuerza la limosna en biografía!» Este proyecto era tan simple y singular que decidí llevarlo a cabo en seguida. Di la espalda a mi casa y me dirigí hacia el centro de la ciudad, en donde, a aquella hora tardía, podría todavía encontrar algunos hombres. Y así, salí, nuevo y extraño mendigo, en busca de una víctima a la que explotar. Fui rápidamente, mirando hacia adelante, posando los ojos en la cara de los transeúntes, procurando escoger bien aquel que debía saciar mi hambre. Como un ladrón nocturno, o un atracador, me puse al acecho en una encrucijada y esperé a que pasara el hombre cualquiera, el hombre corriente al que pudiera pedir la caridad de una confesión.

Al primero que pasó por debajo del farol —iba solo y me pareció de media edad— no quise detenerlo porque su cara, surcada por extrañas arrugas, era demasiado enigmática, y yo quería hacer mi experimento en las condiciones menos favorables. Pasó también un joven envuelto en una capa, pero sus cabellos sueltos y sus ojos de comedor de hachís me contuvieron, porque adiviné en él a un soñador, un fantástico, un alma no lo bastante corriente y común. El tercero que pasó, viejo y completamente afeitado, canturreaba, con cadencias nostálgicas, un motivo popular español que debía de recordarle toda una vida llena de sol y de amor, una vida dorada, báquica, meridional. Tampoco me convenía y no lo detuve.

Yo mismo no sé recordar con exactitud mi rabia de aquellos momentos. Imaginaos a este singular bandolero mendigo, hambriento, excitado, que espera en una encrucijada a un hombre que no conoce, y desea oír una vida que no sabe, y arde del deseo de arrojarle sobre una presa desconocida. Pero, por una casualidad desdeñosa, los hombres que pasan no son los que busca, sino que llevan en su cara las señales de una vida no ordinaria. ¡Cuánto hubiera dado en aquellos momentos por ver delante de mí a uno de aquellos innumerables filisteos, de caras rojas y tranquilas, que me habían asqueado o divertido tantas veces!

Era obstinado y valeroso en aquellos tiempos y esperé todavía debajo del farol, cuya luz bajaba o brillaba según los embates del viento. Las calles estaban ya desiertas a aquella hora y el viento había despejado a los noctámbulos. Solamente algunas sombras apresuradas animaban la ciudad. Una de estas sombras pasó finalmente debajo del farol donde yo esperaba, y vi en seguida que me convenía. Era un hombre ni joven ni viejo, ni demasiado bello, ni de cara desagradable, con los ojos tranquilos y los bigotes bien retorcidos, que llevaba un pesado gabán en buen estado.

Apenas me hubo rebasado unos pasos lo alcancé y lo detuve. El hombre se hizo atrás, asustado, y levantó un brazo como para defenderse; pero yo en seguida lo tranquilicé:

—No tema nada, caballero —le dije con mi voz más melodiosa—; no soy ni un asesino, ni un ladrón, y ni siquiera un mendigo. Un mendigo, verdaderamente, sí; pero no pido dinero. Sólo quiero pedirle una cosa, y una cosa que no le cuesta nada: el relato de su vida.

El hombre abrió los ojos y retrocedió de nuevo. Me di cuenta de que me tomaba por loco, y por eso continué con la mayor calma:

—No soy lo que cree, caballero: no soy un loco. Soy solamente algo parecido, es decir, un escritor. Tengo que escribir para mañana un cuento, y este cuento me salvará del hambre, y yo quiero que me diga quién es usted y cuál ha sido su vida hasta ahora, para que pueda tomarla como argumento de mi cuento. Tengo absoluta necesidad de la confesión de su vida. ¡No me niegue esta gracia, no niegue a un miserable esta ayuda! Usted es el que yo buscaba y con la materia que me dé, ¡caso escriba mi obra maestra!

A estas palabras el hombre pareció conmoverse y ya no me miró con terror, sino más bien con piedad.

—Si realmente mi vida es tan necesaria —dijo—, no tengo ningún inconveniente en contársela, tanto más que es una perfecta simplicidad. Mi padre era empleado, mi madre tenía una pequeña renta. Fui hijo único y, a los seis años, me enviaron a la escuela. A los once años ingresé en el instituto; a los dieciséis, en el liceo; a los diecinueve, en la universidad; a los veinticuatro me licencié, sin dar pruebas de una inteligencia demasiado brillante o de una estupidez irremediable. Cuando me hube licenciado, mi padre me proporcionó un empleo en ferrocarriles y conocí a mi futura mujer. Mi empleo me ocupa ocho horas al día y sólo requiere un poco de memoria y de paciencia. Cada seis años, mi sueldo aumenta automáticamente en doscientas liras. Yo sé que a los sesenta y cuatro años tendré una pensión de tres mil cuatrocientas cincuenta y tres liras con sesenta y dos céntimos. Mi novia me convenía, y me casé con ella al cabo de un año. Entre ella y yo no ha habido nunca inútiles sentimentalismos. Iba a verla tres veces a la semana, y dos veces al año —por su santo y por Navidad— le llevé dos regalos y le di dos besos. Me ha dado dos hijos: un varón y una hembra. El varón tiene diez años y será ingeniero; la hembra tiene nueve años y será maestra. Yo vivo tranquilo, sin sobresaltos y sin deseos. Me levanto cada mañana a las ocho, y a las nueve de la noche voy a un café, donde hablo de la lluvia y de la nieve, de la guerra y del ministerio,

con cuatro colegas del despacho. Y ahora que le he contentado déjeme ir, porque pasan ya diez minutos de la hora en que debo regresar a casa.

Y dicho esto, con gran tranquilidad, el hombre hizo ademán de marcharse. Me quedé por un momento como trastornado por el terror. Aquella vida monótona, corriente, regular, prevista, medida y vacía me llenó de una tristeza tan aguda, de un susto tan intenso, que estuve casi a punto de echarme a llorar y de huir. Sin embargo, me contuve.

—He aquí —me dije entre mí— el famoso hombre normal y común, en nombre del cual los médicos austeros nos desprecian y nos condenan como dementes y degenerados. He aquí el hombre modelo, el hombre tipo, el verdadero héroe de nuestros días, la pequeña rueda de la gran máquina, la pequeña piedra de la gran muralla, el hombre que no se nutre de sueños malsanos y de locas fantasías. Este hombre, que yo creía imposible, inexistente, imaginario, helo aquí delante de mí: espantoso y terrible en la inconsciencia de su felicidad incolora.

Pero el hombre no esperó el final de mis pensamientos y comenzó a andar. Aterrado todavía, pero, sin embargo, obstinado, lo seguí y le pregunté:

—¿Verdaderamente no hay nada más en su vida? ¿No le ha ocurrido nunca nada? ¿Nadie ha intentado matarlo? Su mujer, ¿no lo ha engañado? Sus superiores, ¿no lo han perseguido?

—Nada de eso me ha sucedido —respondió con cortesía un poco molesta—, realmente, nada de cuanto me dice. Mi vida ha transcurrido tranquila, igual, regular, sin demasiadas alegrías, sin grandes dolores, sin aventuras...

—¿Lo que se dice ninguna aventura, caballero —lo interrumpí—, lo que se dice ninguna? Procure recordarlo bien, hurgue en su memoria, no puedo creer que no le haya ocurrido nada nunca, ni siquiera una vez. ¡Su vida sería verdaderamente demasiado terrible!

—Le aseguro que no he tenido ninguna aventura —me respondió el Hombre Corriente, con un extremo esfuerzo de amabilidad—, por lo menos hasta esta noche. El encuentro con usted, señor novelista, ha sido mi primera aventura. Si de verdad tiene usted necesidad, cuente ésta.

Y sin darme tiempo a responderme se fue, tocándose ligeramente el sombrero. Yo me quedé todavía algunos momentos quieto en aquel punto, como bajo la pesadilla de una cosa increíble. Volví por la mañana a mi habitación y no escribí el cuento. Desde aquella noche no consigo reírme de los hombres corrientes.

Aquel que no pudo amar

Desde que Don Juan se ha casado es casi imposible encontrarlo fuera de casa, sobre todo por la noche. Los cabellos escasos y grises, la espalda un poco curvada y también —¿por qué no decirlo?— un catarro obstinado, ahora ya crónico, lo mantienen alejado del mundo y de sus pompas. Y, sin embargo, una noche de mediados de marzo vi a Don Juan Tenorio hablar, en un lugar público, con Giovanni Buttadeo, llamado el Judío Errante.

En medio de la ridícula majestad de una gran cervecería de tipo germánico, bajo la blancura descarada de una redonda lámpara eléctrica, los dos hombres hablaban meneando sus grises cabezas, sin mirar a las mujeres de labios demasiado rojos y a los jovencillos delgados y aburridos que estaban pasando el tiempo y bebiendo a sorbos a su alrededor. Las dos legendarias apariciones habían bebido su café y no demostraban pensar que hubiera en el mundo estudiosos de folklore y profesores de poesía comparada. Ellos vivían y hablaban, como vosotros y como yo, y sus palabras llegaron distintas y comprensibles hasta mí apenas me acerqué a la mesa de hierro alrededor de la que se sentaban. Había una silla desocupada a su lado, y yo me senté en ella. Los dos viejos no interrumpieron su conversación y apenas me miraron, sonriendo de pasada, como a un amigo que hubieran dejado hacía pocos momentos.

—No es fácil, no, no es fácil —afirmaba enérgicamente Don Juan— dar una explicación de mi historia, y acaso me muera antes que descubra el secreto de mi vida. Alguna vez he ido a los teatros donde se representan mis hazañas y me he reído más que los demás ante aquellas ingenuas parodias que hacen de mí un insaciable libertino, empastado de lujuria y de vanidad, arrastrado finalmente al infierno por la venganza del Comendador y de Dios.

»¡Dulcísima cosa no ser comprendidos por estos reyes de las plateas! Ni siquiera Molière, que, sin embargo, era cortesano y cómico, ha comprendido quién era yo. Bajo mi justillo azul marino, debajo de mi sombrero de la solitaria pluma negra, nadie ha sabido ver. Seducciones, besos, fugas nocturnas, escaleras secretas, citas insidiosas, emboscadas y raptos, mascaradas y banquetes, el blanco monumento y la última fiesta: sólo han visto lo que era exterior, convención, ficción, pero nada más. Un pintoresco seductor, un caprichoso caballero, un enamorado voluble: para los escritores de tragicomedias y poemas, soy esto y nada más. Y ninguno de esos grandes reveladores del corazón humano ha descubierto la desesperada razón de todas mis aventuras: ¡ni siquiera uno ha adivinado que fui libertino a pesar mío y voluble contra mi deseo!

»¡Si pudiera reevocar las noches de mi primera adolescencia, cuando antes de dormirme intentaba decidir cuál sería mi vida! No ha habido un niño

más tranquilo y puro que yo. Pensaba en el amor como una cosa sagrada, veía a la mujer como un premio misterioso, que me esperaba en el umbral de la juventud. Y la juventud llegó, y llegó la primavera, y temblaron las estrellas, y reverdecieron los árboles, y las mujeres se vistieron con sus bonitos vestidos claros. Pero el amor no llegó. El amor se quedó para mí en una palabra; no sentí ninguno de aquellos latidos que hacen palidecer de repente la cara de los hombres. No tuve sobresaltos y estremecimientos ante un rostro querido o el sonido de una querida voz. Mis sentidos se despertaron, pero mi corazón se quedó tranquilo, regulado como antes. Tenía el deseo del amor, pero no la capacidad de amar. Sentí que nunca amaría, que nunca podría conocer los desvanecimientos y los ardores de la pasión. Sentí que podría conocer mujeres, que podría hacerme amar por ellas, pero que ellas no conseguirían, ni por un momento, alterar mi corazón ni turbar mi alma. A lo primero no quise creer en esta imposibilidad de amar e intenté por todos los medios desmentir mis primeras experiencias, ya que creía en la belleza y la grandeza del amor y no quería que las mujeres fueran para mí solamente un juego y una diversión. Intenté, pues, crear en mí, por todos los medios, esta pasión de la que me sentía espontáneamente incapaz: intenté todo método para hacer que me envolviera, aunque fuese una sola vez, la verdadera llama del amor.

»Pensé que llegaría a mi finalidad haciéndolo todo *como* si estuviera enamorado, esperando que, a fuerza de repetir ciertas palabras y de cumplir ciertos actos, nacería en mí el sentimiento que los demás expresan con esas palabras y esos actos. Por eso fingí perfectamente que amaba e imité todos los gestos, las sonrisas, las miradas, las palabras, las expresiones que utilizan los enamorados. Repetí mil y diez mil veces las más tiernas imágenes, las más ardientes confidencias, los más apasionados fragmentos de lírica pasional: besé, acaricié, suspiré, pasé largas horas debajo de una ventana; esperé noches enteras, embozado en mi capa, la aparición de una luz conocida; escribí cartas alocadas; me esforcé por verter lágrimas de emoción, y llegué incluso a comprometerme a los ojos de todos prometiéndome solemnemente con una jovencita a la que mi comedia amorosa había turbado excesivamente. Pero todo fue en vano. De nada valió mi diligente ficción estudiada sobre los modelos más perfectos y en los libros más célebres. Yo seguía siendo incapaz de verdadero amor; tuve que reconocer varias veces, cada día, a cada momento, mi radical imposibilidad de amar.

»Entonces empezó mi vida legendaria, aquella que ha hecho de mí el tipo del libertino inconstante. Hasta entonces había sido puro, incluso de cuerpo, y había buscado con toda mi alma aquel afecto potente y terrible

que se apodera de todos los hombres, por lo menos una vez. Pero, ante mi impotencia pasional, no tuve valor para resignarme. Quise todavía, tenazmente, probar suerte. Esperé que acaso, de improviso, el amor se derramaría a oleadas en mi corazón, más intenso e impetuoso a causa de la larga espera. Creí que hasta entonces no había surgido en mí porque todavía no había encontrado a la mujer que tenía que hacer brotar y manar mi interna fuente de pasión. Y empecé a buscar desesperadamente a esta mujer, y corrí por todos los países, por todas las ciudades del mundo, por toda la tierra, seduciendo muchachas, atrayendo vírgenes, conquistando viudas y esposas, siempre inquieto, incansable, descontento, insatisfecho; siempre al acecho de esta mujer única, de esta liberadora desconocida que tenía que existir en algún lugar, que yo debía encontrar, que tenía que darme a conocer el amor auténtico. Y hubo mujeres que me amaron, y mujeres que huyeron conmigo, y mujeres que lloraron por mí, y mujeres que murieron por mí, y nunca tuve la alegría y la sorpresa de encontrar a aquella que tenía que hacer latir mi corazón y confundir mi espíritu. Gocé a innumerables mujeres, y sentí palpitar sobre mi pecho innumerables corazones de amantes, y ni siquiera por una hora fui capaz de mezclar mi alma con la de quien me amaba. Estaba a su lado con el espíritu frío, insensible, lúcido; interesado solamente por las formas de sus miembros y por las graciosas curiosidades de sus pequeñas almas ardientes. Las miraba a los ojos —ojos negros, ojos azules, ojos grises, ojos de espasmo y de promesa—, y veía reflejarse en ellos mi rostro, y veía brillar su alegría de sentirme cerca, y, sin embargo, mis ojos no se velaron ni siquiera un instante y una vez que las hube poseído las dejé sin un lamento.

»Entonces aparecí como un vil lujurioso que busca el placer del cuerpo y desprecia el amor. En cambio, si pasaba así, de mujer a mujer, de aventura a aventura, era para buscar el amor único, y mi volubilidad nacía de la voluntad de quererlo encontrar y de la desesperación de no encontrarlo. Creyeron que me divertía, mientras que la verdad es que estaba triste a consecuencia de mis vanas búsquedas; dijeron que era cruel, mientras que era la suerte la que era cruel conmigo. Buscaba mil mujeres, porque no conseguía amar a una sola para siempre, y se imaginaron que yo quería jugar con todas. No vieron, bajo la aparente ligereza del caballero voluble, todo el rabioso envilecimiento de aquel que no podía amar. Muchos corazones de mujer sufrieron por culpa mía, pero ninguna conocía, ni siquiera en las lágrimas y en los sollozos de los abandonos, toda la amarga desesperación de mi alma no satisfecha por las mórbidas carnes y los rápidos éxitos. Bajo la máscara de mi leyenda hay la amarga sonrisa de quien fue demasiado amado y no consiguió amar.

Calló a este punto el viejo seductor, y el otro viejo empezó a decir con voz sorda:

—Lo que has dicho tal vez es verdad y, sin duda, es terrible. Pero sólo has dicho la causa primera, la prehistoria de tu leyenda, y no has ofrecido ninguna nueva interpretación, no has aducido ningún nuevo sentido. Yo, que desde hace siglos y siglos recorro el mundo, y la soledad me ha enseñado a meditar; yo, que como el errante *Edipo* me he convertido en un descifrador de enigmas y en un filósofo trágico, veo perfectamente cuál es la enseñanza que se transparenta de tu lamentable historia. Lo que los hombres han querido condenar y matar en ti es el *amor a la diversidad, el amor al cambio*. Ante tu pasar de mujer en mujer, ante la continua movilidad de tus gustos y de tus deseos, los hombres han levantado la blanca y rígida estatua del Comendador, el verdadero símbolo, diría un lógico, del concepto inmóvil ante la continua variabilidad de la intuición. ¡Por eso, Don Juan, eres mi hermano! También en mí los hombres han expresado su odio y su miedo al cambio.

»Ellos me han condenado al eterno vagabundeo, pensando que cambiar continuamente de lugar, ver siempre cosas nuevas, no tener morada fija, un nido estable desde el nacimiento hasta la muerte, es la mayor maldición para el alma de un hombre. En cambio, yo he convertido en una fiesta tu condena; me he hecho una magnífica alma de nómada, de viandante, de peregrino, de caballero andante, de explorador entre los hombres, y así vivo, en la continua diversidad y en el perpetuo cambio, una vida bastante más rica que la de mis jueces y mis verdugos.

»Tú y yo, Don Juan, somos los héroes de la diversidad y de la mutabilidad, y los criados de la casa única y de la mujer única han querido escupirnos su desprecio. Pero nosotros corremos, Don Juan, nosotros corremos más de prisa que ellos y ellos vuelven pronto bajo tierra a incubar su económica felicidad.

Pero Don Juan no escuchaba al sentencioso viajero y, apenas éste calló, él siguió hablando por su cuenta:

—Bajo la máscara de mi leyenda acaso hay una sonrisa, una amarga sonrisa, pero dentro de mi corazón sólo hay la angustia siempre renovada de mis desilusiones. Ahora ya soy viejo y nunca sabré qué es el amor. La mujer que yo buscaba no ha salido a mi encuentro en ningún camino, y cuando ha llegado la vejez y he tenido necesidad de descanso y de cuidados, sólo he encontrado a una pobre criada que haya querido mi nombre. Y ahora, Don Juan vive entre sus recuerdos muertos y sus esperanzas inútiles, y no tiene alto placer que encender su fuego con alguna vieja carta apasionada.

El Judío Errante estaba a punto de sacar alguna filosófica conclusión de las palabras de Don Juan, pero entonces un hombrecillo obsequioso, vestido de negro y con una peca en la mejilla izquierda, les anunció que la cervecería se cerraba. Don Juan sacó de su bolsa una gran moneda de oro, pero el hombrecillo la contempló y la rechazó. Era un doblón español de 1662. Giovanni Buttadeo, más práctico, buscó en su bolsillo una mone-dita de plata y la hizo sonar sobre la mesa, y los tres juntos salimos a la plaza ya desierta, riendo ruidosamente sin ninguna razón.

La última visita del caballero enfermo

Nadie supo nunca el verdadero nombre de aquel al que todos llamaban el Caballero Enfermo. De él, después de su imprevista desaparición, sólo ha quedado el recuerdo de sus inolvidables sonrisas y un retrato de Sebastiano del Piombo que lo representa escondido en la mórbida sombra de una pelliza, con una mano enguantada que cuelga blanda como la de un durmiente. Alguno que lo amó más —y yo me conté entre esos poquísimos— recuerda también su singular piel de un amarillo pálido transparente, la ligereza casi femenina de sus pasos y la turbación habitual de sus ojos. Le gustaba mucho hablar, pero nadie comprendía todo lo que quería decir, y sé de algunos que no quisieron comprenderlo, porque las cosas que decía eran demasiado pavorosas.

Era, verdaderamente, un *sembrador de miedo*. Su presencia proporcionaba un color fantástico a las cosas más simples; cuando su mano tocaba algún objeto, parecía que éste entraba a formar parte del mundo de los sueños. Sus ojos no reflejaban las cosas presentes, sino cosas desconocidas y lejanas, que aquellos que estaban próximos a él no veían. Nadie le preguntó nunca cuál era su mal y por qué demostraba no cuidarlo. Vagaba siempre, sin reposo, día y noche. Nadie supo dónde estaba su casa; nadie le conoció padres, ni hermanos. Apareció un día en la ciudad y al cabo de unos años, de improviso, desapareció.

La víspera de ese día, a primeras horas de la mañana, cuando apenas el cielo empezaba a emblanquecerse, vino a despertarme a mi habitación. Sentí la blanda caricia de su guante en mi frente, y lo vi delante de mí, envuelto en su pelliza, con su boca que llevaba eternamente el recuerdo de una sonrisa, y sus ojos más turbados que de costumbre. Advertí, por la rojez de sus párpados, que había velado toda la noche y debía de haber esperado la aurora con gran ansia, porque sus manos temblaban y todo su cuerpo parecía sacudido por la fiebre.

—¿Qué tiene? —le pregunté—. ¿Su mal lo atormenta más que otros días?

—¿Mi mal? —repuso—. ¿Mi mal? ¿Usted cree, pues, como todos, que tengo un mal? ¿Que hay un mal que *es mío*? ¿Por qué no decir que *soy yo*, yo mismo, un *mal*? No hay nada que sea mío, ¿comprende? ¡No hay nada que me pertenezca! ¡Pero yo soy de alguien y hay alguien a quien pertenezco!

Estaba acostumbrado a sus extravagantes palabras y por eso no le contesté. Seguí mirándolo y mi mirada debía de ser muy dulce, porque él se acercó más a mi cama y volvió a tocarme la frente con su suave guante.

—No tiene ningún síntoma de fiebre —prosiguió—, está usted perfectamente sano y tranquilo. Su sangre marcha con calma por sus venas. Por tanto, puedo decirle algo que acaso le asuste; es decir, puedo decirle quién soy. Escúcheme con atención, se lo ruego, porque acaso no pueda decir dos veces las mismas cosas y es necesario, sin embargo, que las diga por lo menos una vez.

Así diciendo se abandonó en un sillón cerca de mi cama y siguió con voz más alta:

—Yo no soy un hombre real. No soy un hombre como los demás, un hombre de huesos y de músculos, un hombre engendrado por hombres. No he nacido de vientre de mujer; nadie me ha acunado ni ha vigilado mi crecimiento; no he conocido la inquieta adolescencia ni la dulzura de los lazos de sangre. Yo soy —y quiero decirlo aunque, acaso, no me quiera creer—, yo soy solamente *la figura de un sueño*. Una imagen de Shakespeare se ha convertido para mí en literal y trágicamente exacta: *¡yo soy del mismo tejido con que están hechos vuestros sueños!* Existo porque hay uno que me sueña; hay uno que duerme y sueña, y me ve actuar, y vivir, y mover, y en este momento sueña que yo cuento todo esto. Cuando este uno empezó a soñarme empecé a existir: cuando se despierte dejaré de existir. Yo soy una imaginación suya, una creación suya, un huésped de sus eternas fantasías nocturnas. El sueño de este uno es de tal manera duradero e intenso que yo me he hecho visible incluso para los hombres que velan. Pero el mundo de la vigilia, el mundo de la realidad concreta, no es mío. ¡Me siento tan mal en medio de la vulgar solidez de su existencia! Mi vida verdadera es aquella que transcurre lentamente en el alma de mi dormido creador...

»No crea que hablo con enigmas y símbolos. Lo que digo es la verdad, toda la simple y tremenda verdad. ¡Deje, pues, de dilatar sus pupilas por el estupor! ¡No me mire más con ese aire de piadoso susto!

»Ser actor de un sueño no es lo que más me atormenta. Hay poetas que han dicho que la vida de los hombres es la vida de un sueño, y hay filósofos que han sugerido que toda la realidad es una alucinación. A mí, en cambio, me persigue otra idea: *¿Quién me sueña?*, ¿quién es este uno, este ser ignoto que yo no conozco y del que soy propiedad, que me ha hecho surgir, de repente, de las tinieblas de su cerebro cansado, y que al despertar me apagará de repente, como una llama ante un soplo imprevisto? ¡Cuántos días he pensado en este dueño mío que duerme, en este creador mío ocupado por el transcurrir de mi efímera vida! Sin duda debe de ser grande y poderoso; un ser para el que nuestros años son minutos, que puede vivir toda la vida de un hombre en una de sus horas y la historia de la

Humanidad en una de sus noches. Sus sueños deben de ser tan vivos, fuertes y profundos, que irradian hacia fuera las imágenes, de manera que las hacen parecer cosas reales. Acaso todo el mundo no es más que el producto perpetuamente variable de un entrecruzarse de sueños de seres semejantes a él. Pero no quiero fantasear demasiado: ¡Dejemos las metafísicas para los imprudentes! A mí me basta la tremenda seguridad de ser yo la imaginaria criatura de un divino soñador.

»¿Quién es? Esta es la pregunta que me agita desde hace muchísimo tiempo, desde que descubrí la materia de que estoy hecho. Usted comprende la importancia que este problema tiene para mí. De su respuesta depende todo mi destino. Los personajes de los sueños gozan de una libertad bastante amplia y por eso mi vida no estaba del todo determinada desde mi origen, sino dejada en mucha parte a mi albedrío. Era preciso, sin embargo, que supiera quién era mi soñador para elegir mi estilo de vida. Durante los primeros tiempos estaba atemorizado por el pensamiento de que podía bastar la más pequeña cosa para despertarlo, es decir, para anularme. Un grito, un rumor, un soplo, podían, de repente, sumergirme en la nada. Entonces la vida me importaba y por eso me torturaba en vano para adivinar cuáles eran los gustos y las pasiones de mi desconocido poseedor, para dar a mi existencia aquellas actitudes y aquellas formas que más pudieran agradarlo. Temblaba a cada instante ante la idea de cometer algo que pudiera ofenderlo, asustarlo y, por ello, despertarlo. Durante algún tiempo pensé que era una especie de paternal divinidad evangélica, y por eso procuré llevar la vida más santa y virtuosa del mundo. Otros días, en cambio, pensaba que era algún héroe pagano, y entonces me coronaba de pámpanos y cantaba himnos de borracho y bailaba con las ninfas en los claros del bosque. Incluso una vez creí que formaba parte del sueño de algún sabio eterno y sublime que hubiera llegado a vivir en un mundo espiritual superior, y pasé largas noches velando sobre los números de las estrellas, sobre las medidas del mundo y la composición de los vivos.

»Pero, finalmente, me sentí cansado y humillado al pensar que tenía que servir de espectáculo a este dueño desconocido e incognoscible; me di cuenta de que esta ficción de vida no valía tanta bajeza y tan vileza adulatora. Deseé entonces, ardientemente, lo que antes me había horrorizado, es decir, su despertar. Me esforcé por llenar mi vida de espectáculos horribles que lo hicieran despertar de espanto. Todo lo he intentado para llegar al reposo de la anulación; todo lo he puesto en acto para interrumpir esta triste comedia de mi aparente existir, para destruir esta ridícula larva de vida que me hace semejante a los hombres.

»Ningún delito me fue ajeno; ninguna abominación me fue desconocida; de ningún error me aparté. Maté con refinadas torturas a viejos inocentes; envenené las aguas de ciudades enteras; incendié casas y ciudades; destrocé a los niños que encontraba en mi camino; por la noche buscaba la compañía de los monstruos que los hombres ya conocen; tomé parte en aquellarres y hazañas de gnomos, de íncubos, de fantasmas; me precipité desde lo alto de un monte a un valle desnudo y desolado, rodeado de cavernas llenas de huesos blancos; elevé al cielo aullidos enloquecidos de fiera, que hubieran hecho estremecer en la noche incluso a los más fuertes. Pero parece ser que quien me sueña no se asusta de aquello que hace temblar a los hombres. O bien goza ante la vista de lo que hay de más horrible, o bien no se preocupa de ello y no lo asusta. Hasta hoy no he conseguido despertarlo y tengo que seguir arrastrando esta apariencia de vida servil e irreal.

»¿Quién me liberará, pues, de mi soñador? ¿Cuándo apuntará la aurora que lo llamará a su trabajo? ¿Cuándo sonará la campana, cuándo cantará el gallo, cuándo se oirá la voz que tiene que despertarlo? ¡Yo espero desde hace tiempo mi liberación! ¡Espero con tanto deseo el final de este estúpido sueño en el que represento un papel tan monótono!

»Lo que hago en este momento es mi última tentativa. Yo digo a mi soñador que soy un sueño: quiero que sueñe que sueña. Es algo que sucede también a los hombres, ¿no es verdad? ¿Y no se despiertan cuando se dan cuenta de que sueñan? Por eso he venido a verlo y por eso se lo he dicho todo, con la esperanza de despertar finalmente a aquel que me ha creado y de desvanecerme junto con las vanas imágenes de los sueños. ¿Cree que lo conseguiré? ¿Cree que a fuerza de repetir en voz alta mi secreto podré despertar a mi invisible propietario?

Y, pronunciando estas palabras, el Caballero Enfermo se agitaba en su sillón, se quitaba y ponía el guante de la mano izquierda, y me miraba con ojos cada vez más asustados. Parecía que esperara de un momento a otro algo maravilloso y pavoroso. Su cara adquiría expresiones de agonizante. Miraba de cuando en cuando a su cuerpo como si esperara verlo disolverse y se acariciaba nerviosamente su húmeda frente.

—Usted cree todo esto, ¿no es verdad? —reanudó—. ¿Nota que no miento? Pero, ¿por qué no poder desaparecer, por qué no ser libre de terminar? ¿Formaré parte acaso de un sueño que nunca terminará, el sueño de un eterno durmiente, de un eterno soñador? ¡Sáqueme de la cabeza esa idea espantosa! ¡Consuéleme, sugiérame alguna estratagema que me suprima! ¡Se lo pido con toda el alma! ¿No tiene piedad de este espectro aburrido?

Y como yo siguiera callando me miró una vez más y se levantó. Me pareció, entonces, bastante más alto que antes y observé una vez más su piel diáfana. Se veía que sufría inmensamente. Su cuerpo estaba todo agitado; parecía un animal que buscara desprenderse de una red. Su dulce mano enguantada estrechó la mía, y fue la última vez. Murmurando alguna palabra en voz baja, salió de mi habitación y sólo uno lo ha visto desde entonces.

El espejo que huye

Una imposible mañana de invierno, en una estación bien conocida, un hombre al que no conozco —con abrigo y dos violetas en el ojal— quería demostrarme que los hombres son felices, que la vida es grande y que el mundo es bello. Yo lo escuchaba con interés, sacudiendo a cada momento la ceniza de mi cigarrillo, que se consumía al viento sin que nunca me lo llevara a la boca. Lo escuchaba y sonreía, y el Hombre que no conozco se acaloraba cada vez más y ya del *humour* pasaba al sentimiento, al entusiasmo, al delirio. La fuga de sus rápidas palabras, escurridizas, duras, como acabadas de fundir, como acuñadas de nuevo en algún sitio, hacía poco tiempo, me llenaba de una embriaguez muy parecida a la que da el champaña. Algo picante y saltarín; una necesidad de abrazar y de llorar, de bailar, de reír a pequeños impulsos.

A un cierto momento, su voz dijo:

—Piense, caballero, piense en la grandeza del progreso que se realiza bajo nuestros ojos, en el progreso que lleva a los hombres del pasado al futuro, de aquello que ya no es a lo que no es todavía, de aquello que se recuerda a aquello que se espera. Los salvajes no prevén el futuro, no piensan en lo por venir; no prevén y no previenen. Pero nosotros: nosotros, hombres civilizados; nosotros, hombres nuevos, vivimos para el futuro y gracias al futuro. Toda nuestra vida está dirigida hacia lo que tiene que venir, está construida en vista a lo que sucederá. Nuestros hombres consagran el hoy al mañana, siempre, cada día que pasa al mañana que pasará, respetuosamente y valerosamente.

Este enorme progreso del espíritu profético es lo que hace desvanecerse los peligros, que nos da fuerzas, que hace descubrir nuevas posibilidades, que nos convierte en dueños de la tierra, del mar y del cielo, y de una cosa que vale más que todo eso, caballero: inosotros mismos! Pero en aquel momento un tren expreso llegó a la estación. Su solemne ruido en los cruces de las vías, su breve silbido, decidido e irritado, interrumpieron el discurso del Hombre que no conozco. Cuando el tren estuvo tranquilo y sólo se oyeron los sordos bufidos de la máquina y los viajeros huyeron, el Hombre quiso seguir hablando, pero yo se lo impedí:

—Señor Hombre —le dije—, este tren que ha llegado ahora, ¿no le ha dicho nada que convenga a nuestro asunto? ¿No ha entendido su respuesta? ¿Quiere que se la repita yo, humilde traductor, ya que sé traducir la lengua de los trenes y de muchas otras cosas? Hasta hace pocos minutos este tren corría a una velocidad media de ochenta kilómetros por hora, pequeño

mundo repleto e iluminado, a través de la campiña solitaria y neblinosa. Y he aquí que, de repente, se ha detenido, los habitantes de esta pequeña ciudad en fuga han desaparecido y el maquinista se seca la frente con aire poco satisfecho. Las ruedas están quietas perezosamente en las vías y los vagones, vacíos y oscuros, añoran el parloteo de los viajeros y las maletas de variados colores. Así termina una fuga cuando se viaja sobre vías. Pero dejemos el tren y volvamos a los hombres. En este momento yo pienso en una cosa absurda y se la digo a usted, señor Hombre, y la digo porque no hay aquí multitudes que puedan oírme. Si estuvieran aquí todos los que deseo, diría:

»Imaginad, hombres, una cosa imposible, una cosa absurda, loca, increíble y terrible. Imaginad que todo el mundo se detuviera de repente, en un instante determinado, y que todas las cosas se quedaran en el punto en que estaban y que todos los hombres se volvieran inmóviles, casi estatuas, en aquella actitud en que estaban en aquel momento, en el acto que estaban realizando... Si esto sucediera y, a pesar de ello, continuara en los hombres el pensamiento, y pudieran recordar y juzgar lo que hicieron y lo que estaban haciendo, y pudieran considerar todo lo que han realizado desde su nacimiento y volver a pensar en lo que querían realizar antes de la muerte, ¡imaginaos cuánta desesperación ardería bajo el tétrico silencio de este mundo detenido de improviso!

»Yo no sé si tenéis el valor de sentir todo lo terrible que sería esto. Esforzaos durante unos momentos por ver a todos estos hombres inmovilizados mientras estaban atentos a su trabajo, jadeando detrás de sus sueños, instigados por sus sucias pasiones, empujados rudamente por sus deseos. Vedlos aquí, esparcidos por el mundo, como suspendidos por una catástrofe que los hubiera transformado en fantoches pensantes, en estatuas desesperadas. Vedlos en las más asquerosas posiciones y en las más ridículas, en las más fatigosas y en las más estúpidas. He aquí al hombre sorprendido en el sueño pesado, con la boca entreabierta como un cadáver borracho; he aquí al hombre en el acto amoroso, tendido como una bestia jadeante sobre la mujer de ojos cerrados; he aquí el hombre que robaba en las tinieblas, con sus ojos falsos y la linterna que nunca más se apagará; he aquí al juez vestido de negro que dispensa el infierno y la sangre desde su alto asiento; he aquí al miserable que se arrastra por el fango de la ciudad buscando un hueso y un céntimo; he aquí a la mujer que sonríe lascivamente, con su cara blanca de polvos un poco reclinada hacia un lado; he aquí al mercader de manos huesudas que gesticula por tener diez céntimos más; he aquí al campesino afanoso con el aguijón en la mano dirigido hacia sus inmóviles bueyes; he aquí al elegante orador detenido en

mitad de una sonrisa y de un cumplido; y el soldado que estaba con la bayoneta calada ante una puerta cerrada; y el homicida que estaba preparando sus venenos en un desván; y el obrero soñoliento curvado sobre las enormes máquinas untuosas, inmóviles y siniestras; y el científico que no puede apartar su ojo cansado del microscopio en el que han interrumpido su danza los monstruos invisibles...

»Imaginad ahora, si no os falta corazón, los pensamientos de todos estos hombres condenados en un mismo instante a la conciencia de su muerte. ¿Creéis que habrá un solo hombre —uno *solo*, ¿comprendéis?—, uno *solo* que esté contento y satisfecho de aquel momento en que el destino lo ha inmovilizado? ¿Creéis que para uno solo de estos hombres fue aquél el momento de *Fausto*, el momento bello que quisiéramos detener, fijar y conservar por toda la eternidad? ¡No lo creéis, no podéis creerlo!

»El señor Hombre (usted, aquí presente, ante mí) ha dicho una gran y tremenda verdad. Los hombres piensan en el futuro, viven para el porvenir, consagran perpetuamente todos los hoy a los mañanas que tienen que llegar. Todo hombre sólo vive para aquello que prevé, que espera. Toda su vida está hecha de manera que cada instante tiene valor para él solamente en cuanto sabe que ese instante prepara un instante sucesivo; cada hora, otra hora que llegará; cada día, otro día que seguirá. Toda su vida está hecha de sueños, de ideales, de proyectos, de esperanzas; todo su presente está hecho de pensamientos sobre su futuro. Todo lo que es, que está presente, nos parece oscuro, mezquino, insuficiente, inferior, y nosotros solamente nos consolamos pensando que todo este presente no es más que un prefacio, un largo y fastidioso prefacio a la hermosa novela del porvenir. Todos los hombres, lo sepan o no, viven por esta fe. Si de repente se les dijera que dentro de una hora tienen que morir, todo lo que hacen y han hecho no tendría para ellos ningún gusto, ningún sabor, ningún valor. Sin el espejo del futuro, la realidad actual parecería torpe, sucia, insignificante. Sin el mañana que hace esperar en los desquites, en las victorias, en las ascensiones, en los ascensos y en los aumentos, en las conquistas y en los olvidos, los hombres no quisieran vivir. Sin el lejano perfume del mañana, no quisieran comer el negro pan del hoy.

»Pensad, pues, en estos hombres detenidos de repente, que ya no pueden actuar, pero que todavía piensan. Pensad en estos hombres aprisionados en un eterno hoy, sin la liberación de la conciencia. ¿Qué deben de pensar estos hombres? ¡Qué dolor debe de roer sus entrañas y desgarrar sus nervios! Inmóviles en sus actitudes vergonzosas y delictuosas, tristes e idiotas, sin posibilidad de esperanza, sin luz de ensueños, sin dulzura de proyectos, con las alas cortadas, las piernas atadas, las manos encadenadas,

como una enorme multitud de esclavos miguelangelescos ceñidos por los lazos de su vida mezquina, asquerosa, por los lazos de esa vida que toleran solamente con la esperanza de vidas más bellas y mayores, estos condenados a la perpetua inacción reconocerán, con infinita rabia, toda la absurda estupidez de su vida anterior. Pensarán que *sacrificaban todo el presente a un futuro que a su vez se convertiría en presente y a su vez sería sacrificado a otro futuro y así hasta el último presente, hasta la muerte*. Todo el valor del hoy residía en el mañana, y el mañana valía solamente por otro mañana, y se llegaba ahí hasta el último hoy, el hoy definitivo, y así toda la vida transcurría para preparar, de día en día, de hora en hora, de momento en momento, lo que no llega nunca. Y descubrirán esa tremenda cosa: que el futuro no existe como futuro, que el futuro sólo es una creación y una parte del presente, y que soportar la vida inquieta, la vida triste, la vida dolorosa, por este futuro que de día en día huye y se aleja, es la estupidez más dolorosa de esa estupidísima vida.

»Hombres, nosotros perdemos la vida por la muerte, nosotros consumimos lo real por lo imaginario. Nosotros valoramos los días sólo porque nos conducen a días que no tendrán otro valor que el de llevarnos otros días semejantes a ellos... Hombres, toda vuestra vida es un fraude atroz que vosotros mismos tramáis en perjuicio vuestro, y sólo los demonios pueden reír fríamente de vuestra carrera hacia el espejo que huye.

Otro expreso, gritando y atronando, entró en la estación, y, una vez más, los viajeros huyeron y el maquinista se secó la frente con aire poco satisfecho. El Hombre que no conozco seguía delante de mí —con su abrigo, con sus dos violetas en el ojal— aunque me había olvidado de él por completo.

—He aquí —le dije— mis ideas sobre el progreso, sobre el porvenir y sobre la vida. Usted no está de acuerdo conmigo, pero yo estoy de acuerdo con alguien, por ejemplo con la niebla, que suele intentar cubrir el mundo y esconder al hombre del hombre, a la miseria del desprecio, a la fealdad de la melancolía. Y a mí me gustan muchísimo, señor Hombre, los trenes que se detienen después de sus inútiles fugas y la niebla que cubre aquello que no se puede destruir.

El Hombre que no conozco se había puesto nervioso, y todo su entusiasmo había desaparecido como un mechón de humo. En lugar de contestarme, se quitó del ojal una violeta y me la ofreció. Yo la cogí con una inclinación, me la acerqué a la nariz y su leve olor me agradó.

Ya no quiero ser lo que soy

*Y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.*
SANTA TERESA

Hace tan sólo diez horas que me he dado cuenta de mi horrible condición. Hasta hace diez horas no sabía todavía lo que de más horrible puede haber en el mundo. Creía ser desde hace algunos años un *doctor en terribilidad*. Había probado, pensado, imaginado, soñado, todo lo que hay, que habrá, que podría haber, de más pavoroso, de más atormentado, de más estremecedor, de más monstruosamente y alocadamente angustioso. Sabía las ansias de las esperas nocturnas; la desesperación de los últimos besos; los temblores de las apariciones silenciosas; los delirios de las pesadillas; los sobresaltos de los relojes invisibles que laten en la noche de las horas eternas; los espasmos de los suplicios imposibles; los gemidos exasperados de las almas sin asilo; la fiebre errante de los coloquios demoníacos. Pero no sabía todavía la cosa más terrible que puede haber en el mundo; no conocía el suplicio último, el suplicio supremo. Hace sólo diez horas he tenido la revelación, y me parece ya que han pasado muchas dinastías por la tierra y muchos soles han dejado el cielo.

Procuraré tener calma. Me esforzaré por ser claro. Elegiré la fórmula más limpia, más simple, más natural: *Me he dado cuenta de que no puedo no ser yo mismo*. Me he dado cuenta de que *nunca* podré —*nunca*, ¿comprendéis?—, que *nunca* podré dejar de ser yo mismo.

Tal vez no me he explicado bastante. Yo quisiera cambiar. Pero cambiar en serio —¿entendéis?—, cambiar completamente, enteramente, radicalmente. Ser otro, en suma. Ser otro que no tuviera ninguna relación conmigo, que no tuviese el más mínimo punto de contacto conmigo, que ni siquiera me conociera, que no me hubiese nunca conocido.

¡Los cambios y las renovaciones de risa o en broma los conozco desde hace mucho tiempo! Se trata de em-polvamientos, de desocupaciones, de enjalbegaduras. Se cambia el mapa de Francia, pero la habitación sigue siendo la misma; se cambia de sitio los muebles, se cuelga con pequeños clavos un nuevo cuadro, se añade una estantería de libros, un sillón más cómodo, una mesa más ancha, pero la habitación es la misma; siempre, siempre, inexorablemente, la misma. Tiene el mismo aire, la misma fisonomía, el mismo *clima espiritual*. Se cambia la fachada, y la casa, por dentro, tiene las mismas escaleras y las mismas habitaciones; se cambia la cubierta, se cambia el título, se cambian las orlas del frontispicio, los

caracteres del texto, las iniciales de los capítulos, pero el libro narra siempre la misma historia, siempre, siempre, inexorablemente, implacablemente la misma vieja, aburrida, lamentable historia.

Yo ya estoy cansado de este tipo de cambios y de renovaciones. ¡También yo algunas veces he barrido cuidadosamente mi pobre alma! ¡Cuántas veces he dado un nuevo color a mi cerebro! ¡Cuántas veces he puesto orden en la confusión de mi corazón! Me he hecho vestidos nuevos, he viajado por países nuevos, he habitado en ciudades nuevas, pero siempre he sentido, en el fondo de mí mismo, algo que queda, que queda siempre, que soy yo, siempre yo mismo, que cambia de cara, de voz, de manera de andar, pero que permanece eternamente, como un guardián incansable e inflexible. A su alrededor desaparecen cosas, pero él no las recuerda; a su alrededor aparecen cosas, y él no retrocede...

Y ahora estoy cansado de vivir conmigo mismo, siempre. Hace veinticuatro años que vivo en compañía de mí mismo. Ahora basta: estoy definitivamente aburrido. ¿Aburrido solamente? ¡Ni soñarlo! Decid más bien que estoy disgustado, asqueado, nauseado de este mí mismo con el que he vivido veinticuatro años, uno detrás de otro.

Y yo creo, finalmente, que tengo derecho a dejarme. Cuando una casa ya no nos gusta, podemos mudarnos. Cuando un instrumento no nos sirve ya, lo arrojamos al agua. ¿Y acaso mi cuerpo no es una casa, ya sea cabaña o templo? ¿Acaso mi alma no es un instrumento, ya sea hoz o lira?

Sin embargo, no puedo mudarme de mi cuerpo y no puedo arrojar a un mar cualquiera mi alma. Cada vez que me aproximo a un espejo vuelvo a ver mi cara pálida y delgada, con mi boca entreabierta, como sedienta de viento o hambrienta de presas, con mis cabellos alborotados y volubles como los de un salvaje, con mis ojos color de estaño crepuscular, en medio de los cuales se abren las grandes pupilas negras como madrigueras de serpientes.

Y cada vez que paso revista a mi espíritu encuentro los queridos, pero habituales conocidos: rostros que sonríen con desesperada ternura, rostros que lloran con un poco de vergüenza, rostros misteriosos escondidos por mechones de cabellos demasiado negros, y a lo lejos ecos de melodías rossinianas y de argucias de Diderot, de sinfonías beethovenianas y de versos de Lapo Gianni, de arias de Scarlatti y de apotegmas de Berkeley, cadencias de flautas que acompañan el baile de frivolas mujeres blancas; chaparrones de órganos bajo grandes mosaicos de oro y de violeta, y procesiones de patricios con vestiduras moradas a través de grandes salas, vacías y poco iluminadas.

Y muchas otras cosas encuentro y reencuentro en el alma que quise tanto y que alimentaba con tanta abundancia y adornaba con tanto lujo. Pero sigue siendo *mi alma*: algo de lo que está todavía en ella, y nadie podrá hacer que nunca haya estado.

¿Quién me enseñará, pues, de todos estos hombres amantes del hogar y de las flores secas, a librarme de mi cuerpo y de mi alma? ¿Quién podrá hacer *que yo no sea más que yo*, y que me convierta en otro, de manera que ni siquiera recuerde lo que soy ahora? ¿Quién podrá, hombre o demonio, darme lo que pido con toda la desesperación de mi alma furiosa contra sí misma?

Un viejo demonio me ha sugerido, cojeando, un método viejo: matarme. Pero yo no tengo ninguna confianza en ese demonio. Lo conozco desde hace poco tiempo y tengo motivos para creer que está de acuerdo con los sepultureros y con los marmolistas, ya que lo he visto varias veces rodar por los cementerios. Y, por otra parte, ¿de qué me serviría? Yo no tengo ningunas ganas de aniquilarme, de no vivir. Yo quiero ser, pero quiero ser algo distinto; quiero seguir viviendo, pero vivir otra vida. No tengo ninguna simpatía por el suicidio. Nunca me ha gustado demasiado aquel pobre diablo de Werther que se mató por no haber encontrado una segunda muñeca rubia, y no me gustan en absoluto sus imitadores, los cuales, en general, son todavía más opresivos que aquel desgraciado sentimental de provincia alemana. Las pistolas, con sus cañones brillantes que se adelantan estúpidamente en el aire, me parecen inútiles como instrumentos de laboratorio; el veneno me fastidia incluso en las novelas inglesas de intriga italiana, y en cuanto al ahorcamiento, apenas si lo considero digno de los más andrajosos de mis enemigos.

No tengo, pues, ningún deseo de *no ser*, sino un desesperado y prepotente deseo de *ser de otra manera*, de *ser otro*. Y tengo también una desesperada voluntad de *no ser lo que soy*, porque yo soy de tal manera que quiero *lo que nunca podré tener*. Yo quiero no ser yo, porque sé que nunca podré no ser yo.

Heme aquí llegado al absurdo. Heme aquí llegado al momento en que *nadie* puede saber lo que digo y lo que quiero. Nadie sabrá nunca lo que hay en mí en estos pavorosos momentos. Nadie, lo que se dice nadie: ni siquiera el más fino, el más psicólogo, el más stendhaliano de mis demonios familiares.

Este está aquí a mi lado. Su cara está más roja, más hinchada que de costumbre, y bajo su casco de piel de lobo sus ojos entornados y astutísimos me miran con una tranquilidad embarazosa. Ha visto lo que escribo y ha

sonreído varias veces con satisfacción indescriptible. Y ahora, en este momento, me dice con voz sarcásticamente acariciadora:

—Acuérdate, amigo, de aquel médico que buscaba la muía mientras cabalgaba sobre ella. Esta noche eres un poco como él. Buscas ser otro. Pero quien tiene un deseo que nadie tuvo está ya, ante todos los hombres, en el mejor camino para no ser lo que es. Y tú estás en este caso, excelente e inquieto amigo. Estás ya en el umbral de tu alma y acaso —¿quién sabe?—, acaso salgas de ella, si no te da demasiado miedo la oscuridad que hay fuera.

Y dichas estas palabras se ha ido con rápidos pasos, dejando en mi habitación como un vago olor a incienso.

Hombre entre hombres

1

Imaginaos a un hombre que proyecte una terrible empresa que parecería loca incluso a las más orgullosas imaginaciones; un hombre que tenga en el corazón un secreto propósito de realizar tales acciones que alterarían la historia, la vida y el mundo, y que este hombre no pueda ni quiera todavía decir nada de lo que piensa hacer y hará, y los que están a su alrededor no comprendan nada de lo que prepara. Imaginaos, pues, el éxtasis y el dolor de este hombre. Solo, mudo, a rápidos pasos, con los ojos absortos, anda en medio de la multitud de los hombres y nadie lo mira con maravilla, nadie lo sigue, nadie se aparta o lo contempla con estupor. Por su aspecto es un hombre como todos los demás. Por sus vestidos, por su rostro, por las formas de su cuerpo, parece en todo semejante a ellos: ¡hombre entre hombres, y nada más! Va por las calles densas de pueblo y no lo señalan con el dedo; lo miran y no lo ven, y todo lo más algún ocioso sonríe a causa de sus cabellos no demasiado bien peinados y de su aire de sonámbulo. Pero imaginaos el alma de este hombre, de este hombre que pasa con su invisible secreto por entre estos hombres ciegos, que pasa por entre ellos taciturno y lleva dentro de sí aquello que puede cambiar toda su vida, su futuro y su suerte; que se confunde con ellos, que los roza con el brazo, que los golpea con su cuerpo, y que no quiere decir todavía la palabra, que no quiere realizar todavía el acto que hará que todos los ojos se dirijan hacia él, que hará que todas las voluntades se doblen bajo la suya, que iluminará a todos esos ciegos y dará nuevas palabras a esos tartamudos. El hombre sigue andando con sus rápidos pasos y sus enormes sueños, y ya se ve a sí mismo en el momento de la revelación y toda su obra está delante de él por divino espejismo. Experimenta ya la viril alegría de la creación; su gallardo corazón late a grandes golpes; sus ojos grises se dilatan como en los arrebatos de la carne.

Imaginad, pues, la alegría de este hombre del loco secreto. Imaginad la dureza de su placer mientras él pasa por entre la multitud indiferente o burlona que no sabe nada de él, que lo tiene por una parte cualquiera de sí mismo, un átomo de su gran cuerpo, hombre entre los hombres y nada más. La multitud no sabe lo que se está preparando bajo la frente del hombre que pasa. Ve sus vestidos grises, su paso desigual, sus cabellos abundantes, su rostro descarnado, y no sabe distinguirlo de tantos otros semejantes a él. Sin embargo, llegará un tiempo en que muchos intentarán

recordar cuándo y cómo lo vieron, e inventarán discursos y palabras que él no dijo nunca, que jurarán haber estado cerca de él y haber sido sus amigos durante el período de su oscuridad. Pero, por ahora, éste no es *él*, éste es un número, un elemento, una unidad, un ciudadano, un nombre, una ficha del registro civil. Todavía no ha llegado su día. Los hombres no saben ver más allá de sus ojos, y no piensan que dentro de aquel cuerpo casi corriente hay un pensamiento capaz de iniciar un nuevo capítulo de la historia del universo.

Se parece a un hombre que anduviera de noche y llevara bajo su capa una lámpara encendida que deslumhrara a los que la vean cuando la capa se abra. Es como un dios de incógnito que hará temblar al que primero le dirija la palabra.

2

Imaginaos, pues, a este hombre y sus pensamientos, ¡oh muchos para quienes hablo, oh muchos de innumerables cegueras! Y no os lo imaginéis como un sueño vano, como una fantasía de un instante. Imagináoslo como una cosa posible, como algo que podría ser verdad, como algo que acaso es verdad. Imagináoslo, pues —¡oh muchos de breves miradas!—, como algo verdadero, real, presente, como algo que existe verdaderamente hoy, en esta hora, en este momento, cerca de vosotros, ¡en medio de vosotros! ¡Yo os digo que este hombre existe! ¡Os digo que este hombre existe y se prepara! ¡Os digo que este hombre anda por vuestras calles, entra en vuestras casas y mira a vuestras pupilas! Este hombre vela, piensa, se arma. Su día no ha llegado, pero llegará. Su boca sólo pronuncia las palabras habituales de los hombres, pero aquel día dirá otras palabras. Pasa humildemente entre vuestros cuerpos en movimiento, pero un día estará solo ante vosotros, y todos lo verán, y todos recordarán haberlo esperado en algún efímero momento de su miserable vida.

¡Guardaos de este hombre, oh muchos! Su secreto lo corroe y lo hiere, pero él no se retuerce ni demuestra su dolor. Su sueño lo exalta, lo ensalza, lo beatifica, pero él no sonríe y no demuestra su alegría.

Hombre terrible, hombre que parece una tumba de esperanzas y es en cambio un fuego preparado para arrojar chispas e incendia todas vuestras ciudades sucias e inseguras. Sabedlo distinguir en la multitud, corred detrás de él, apoderaos de él en seguida, y acaso consigáis apagar su lámpara con vuestros alientos, ahogar su llama con las cenizas de vuestros sueños muertos.

Estad alerta, vigilad por todas partes. Acaso en este mismo instante está cerca de vosotros; acaso pase mañana por debajo de vuestra casa y vosotros, desde la ventana, lo sigáis con la mirada unos momentos; acaso es aquel que ayer se volvió para miraros, como sorprendido por una reminiscencia.

Vosotros no sabéis por dónde vendrá. No sabéis cuáles serán sus nombres y su origen. Pensad en todas las antiguas revelaciones precedidas por el silencio y por la ignorancia universal; pensad en aquellos que vieron a Cristo niño. ¿Cuántos de ellos habrán pensado que aquel niño daría al mundo un nuevo sentido y a los hombres una nueva palabra de vida? ¿Cuántos habrán adivinado que su rubia cabeza se doblaría sobre una cruz y que de su pálida boca saldrían las potentes palabras que harían mover a los enfermos y resurgir a los muertos? Pensad en todos aquellos que hablaron en un determinado momento y se convirtieron en guías, en reveladores, en reformadores, y que nadie supo distinguir de los otros hasta que dijeron e hicieron lo que tenían que decir y hacer. Para todos los grandes y famosos, para todos los renovadores y creadores ha existido un tiempo en que fueron desconocidos y oscuros, en que parecieron semejantes a los demás, en que parecieron hombres y nada más. Nadie se preocupó entonces de su origen, nadie los miró maravillados, nadie procuró recordar sus primeras palabras y describir su aspecto, sus costumbres, su vida exterior. Y cuando, de repente, subieron por encima de todos vosotros, ¡oh muchos de ojos velados!, os maravillasteis y os dolisteis en el fondo de vuestro corazón por no haber adivinado el prodigio que se preparaba. Y también hoy, os lo repito a todos, también hoy, sin duda, se prepara algún prodigio. Cada edad tiene que tener sus héroes y sus reveladores.

Hoy espera, en medio de vosotros, no visto e insospechado, el héroe y el revelador de mañana. Es imposible que este hombre no exista ya. Vive en la sombra, su luz está todavía escondida, pero él es, él vive, él camina con rápidos pasos en medio de vosotros; semejante a vosotros, no ya hombre entre hombres, sino futuro pastor en medio de sus rebaños, futuro jefe en medio de sus ejércitos.

Yo quisiera hacer nacer en vosotros la sensación y la expectación de este dueño que vive nuestra vida, junto a nuestra vida, y que vosotros no conocéis ni sospecháis. Yo quisiera provocar en vosotros el estremecimiento de la improvisa llegada de este Uno. Buscadlo en vuestras muchedumbres, buscadlo sin tregua, y que nadie se os escape; que cada ojo os diga si tiene un secreto. Él existe y *os mira*: ¿no notáis el peso de su mirada sobre vuestra pequeña vida? El existe y espera: ¿no notáis la opresión de una espera ya demasiado larga?

Helo aquí en mitad de vosotros, solo, mudo, con la mirada absorta... Se ha detenido un momento y os contempla. Pero he aquí que reanuda su rápido camino y ahora ya no es, en la multitud creciente, en la niebla que cae, sino un hombre entre hombres, una sombra entre sombras, una esperanza terrible entre mil cegueras.

Elegía por lo que no fue

Cuando, en la noche no todavía silenciosa, a la sombra de los negros palacios que parecen cárceles, vuelvo a mi torre, donde paso la vida contemplando tres torres hermanas, andando sin prisa, deteniéndome cuando una blanca tira de luz me recuerda el mundo que ya no es mío, pienso en las innumerables puertas donde no he entrado, en las innumerables manos que no he acariciado, en las innumerables cabelleras que no he soltado, y en todas las cosas que hubiera podido entrever, y en todos los sueños que hubiera tenido que soñar, y en todos los secretos que no he descubierto, y en todos los enemigos que hubiera podido odiar, y lloro entonces mi ceguera satisfecha, y el espantoso fondo de mi inconsciencia, y la brevedad de mis deseos, incendios que iluminan todo el mundo y se apagan de repente, como por un soplo...

Cuando me aguijonea entonces el recuerdo de lo que no supe intentar, la certeza de los momentos únicos en que algo podía ser realizado y nunca más volverán; de los caminos que se abrieron improvisadamente como rápidas estelas y volvieron a cerrarse sin que yo los viera; de los destinos con los que estuve a punto de cruzarme y que estaban hechos para mí, y que podían cambiar todo y que no volveré a encontrar...

El corazón me late tan fuertemente que me detengo a la sombra de un alto palacio y parece esperar algo que responda a mi melancolía: un débil acorde de violín, el rabioso pataleo de un caballo, el estribillo de una canción triste como la sensualidad.

También éstas, pienso, son cosas que pasan y mueren y se pierden por toda la eternidad, instantes únicos, gestos y movimientos que no volverán, relaciones irrevocables; días, horas, minutos, que no volverán nunca más. ¡Cuántas son las cosas que yo nunca vi ni veré nunca más, los sonidos que nunca oí ni oiré nunca más, las suertes que no conocí ni conoceré nunca más, las pasiones que no experimenté ni experimentaré nunca más, los enigmas que no comprendí ni resolveré nunca más!...

¡Cuántas vidas perdidas para un solo hombre! ¡Y cuántas formas y cuántos aspectos perdidos para un solo mundo! ¡Cuántas posibilidades que no serán nunca acciones; cuántas virtudes que no serán nunca potencias; cuántas combinaciones y cuántas separaciones que nunca sucedieron ni una vez!

¿Será acaso el mundo un recuerdo de lo que hubiera tenido que ser? ¿Será mi vida solamente la sombra de la que yo hubiera tenido que vivir?

Y a la sombra de los altos, negros y silenciosos palacios que son cárceles, mis manos ardientes tocan las frías y rudas piedras, y la sangre late más

fuerte, y noto que mi rostro enrojece, y no por vergüenza vil, sino por fiebre desesperada, por la fiebre desesperada que da el amor de lo imposible.

Pero cuando subo a mi torre y vuelvo a ver las tres torres hermanas, tan negras bajo el cielo azul oscuro y vuelvo a ver en la sombra de mi cama dos ojos inmóviles y brillantes, empiezo una vez más a sonreír, pero si sucede que veo mi sonrisa en un espejo no sé contener un estremecimiento de indecible susto.

* * *